

Un manantial inagotable

Con la presente edición de Aguas Vivas estamos cerrando el año 2019, y junto con ello, estamos cumpliendo veinte años desde que iniciamos nuestra primera, y también “tímida”, publicación en enero del año 2000.

Agradecemos al Señor por su abundante provisión. Nunca ha faltado material para publicar. Hemos comprobado que las aguas vivas de nuestro Dios son también inagotables. De hecho, el nombre de esta publicación fue tomado de la expresión “*Jehová, manantial de aguas vivas*” (Jer. 17:13).

En los Temas de Portada presentamos cinco mensajes dados por cinco siervos chilenos, completando así la serie de diez predicaciones acerca del Evangelio impartidas en los retiros de verano 2019. Cada una es una síntesis de lo que se ministró en vivo. Los archivos de audio están disponibles en internet, pues el lenguaje escrito no alcanza a expresar la intensidad y el sentido de urgencia con que cada expositor fue usado por el Espíritu de nuestro Dios y Padre.

Una palabra de aliento a todos nuestros estimados lectores: Permanezcamos fieles a nuestro Señor y a la proclamación de su evangelio.

La encomienda del anuncio que revela sus riquezas insondables.

El evangelio de la gloria de Dios



Rodrigo Abarca

“

...según el glorioso evangelio del Dios bendito, que a mí me ha sido encomendado ... Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero ... A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”.

– 1 Tim. 1:11, 15; Ef. 3:8.

En estos versículos vemos la profunda identificación del apóstol Pablo con el evangelio. Éste no es algo ajeno a él, sino que constituye parte de su misma vida. En Romanos 2:16 él lo llama «*mi evangelio*».

«...*el glorioso evangelio del Dios bendito que a mí me ha sido encomendado*». Cuando Pablo describe el evangelio, usa muchas veces este tipo de calificativos, debido al impacto tan grande que el evangelio ha tenido en su vida. No es simplemente «*el evangelio*», sino «*el glorioso evangelio*», o «*el evangelio de la gloria de Cristo*» (2 Cor. 4:4).

Ninguna expresión humana, por elevada que sea, hace real justicia a la grandeza del evangelio, porque éste es mayor que todo lo que podemos expresar. Finalmente, Pablo lo llama «*el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo*». Es decir, por más que profundicemos en su contenido, nunca lo agotaremos.

Palabra fiel y digna

Al final de sus días, el apóstol declara que el evangelio es una palabra veraz, una palabra que no miente. «*Palabra fiel y digna de ser recibida por todos*». Tan importante es este anuncio, tal es su gloria, que merece ser oído por todos.

Pablo había gastado largos años recorriendo muchos lugares y hablando a ricos y pobres, poderosos y débiles, sabios e ignorantes. Y pudo comprobar una y otra vez que esta es una palabra fiel. Dios siempre respalda su evangelio, toda vez que es anunciado.

«*Porque no me avergüenzo del evangelio*». ¿Tenemos miedo de hablar del evangelio? ¿Pensamos que lo que tenemos que decir no es lo suficientemente digno de ser oído por todos? En este mundo no hay nada que se iguale en gloria al evangelio de Jesucristo. ¡Cómo avergonzarse de él!

«*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero*». Este es su resumen del evangelio. Estas son las palabras testamentarias del apóstol; es como si él estuviera expresando su última voluntad, en las cartas a Timoteo y a Tito, escritas en la prisión romana mientras esperaba su sentencia de muerte. Él pone con letras grandes esta afirmación: «*Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*».

Normalmente asociamos al apóstol con la gran revelación que recibió respecto a la vocación eterna de la iglesia en Cristo Jesús. De eso hemos hablado por mucho tiempo. Pero al mirar con atención, descubrimos que lo que cautivaba su corazón sobre todas las cosas era el evangelio.

Nada es más grande que el evangelio de Jesucristo. Sin él, la iglesia no existiría sobre la tierra. Sin evangelio no habría redimidos, no habría un pueblo para Dios, no habría una novia para Cristo; no habría una Casa donde Dios pudiese habitar por su Espíritu. El evangelio hace posible la existencia de la iglesia.

Por eso, el testamento de Pablo, al final de su vida, es éste: «*Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo*

... que prediques la palabra ... Haz obra de evangelista, cumple tu ministerio». Porque si nos olvidamos del evangelio corremos el riesgo de perder todo lo demás.

El evangelio de Pablo

Veamos algunas características fundamentales del evangelio, específicamente en la visión del apóstol Pablo. Efesios 3:8 dice: *«A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo»*.

La palabra que aquí se traduce como «anunciar» es evangelizar en griego. Evangelio significa «buena noticia». En el mundo antiguo, había heraldos que recorrían las ciudades pregonando las noticias importantes. La idea básica de evangelizar es anunciar en público una buena nueva. Entonces, por contraste, el evangelio «no es» ciertas cosas. Trataremos, en consecuencia, de especificar primero qué no es el evangelio, para luego entender lo que él es.

¿Un estilo de vida?

En primer lugar, el evangelio no es un estilo de vida. A menudo se dice que éste es una forma de vida; que al vivir un cierto tipo de vida predi-

camos el evangelio. Pero estrictamente hablando, no es así. El evangelio puede, y debe, producir vidas transformadas. Pero esto en sí no es el evangelio, porque éste no se refiere a lo que nosotros debemos hacer para Dios, sino a lo que él hizo por nosotros en Cristo.

Según la Biblia, debemos dar ejemplo de una vida santa ante los que no creen; pero lo que salva es la palabra del evangelio y no nuestro ejemplo de vida. Si no hablamos de Cristo, nadie será salvo. Escrito está: *«Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación»* (1 Cor. 1:21). Dios salva a los hombres de una sola manera: por la predicación del evangelio. No podemos excusarnos diciendo: «Yo predico el evangelio con mi ejemplo». A menudo, tal argumento no es más que una manera de disfrazar nuestra vergüenza de proclamar el evangelio.

Es claro que nuestra vida tiene que respaldar el evangelio. En verdad, el ejemplo de la iglesia hace plausible el evangelio; esto quiere decir que cuando las personas ven el efecto del evangelio en nuestra vida, están mucho más dispuestas a creer en él. Pero no podemos reemplazar el evangelio por nuestra vida. Por lo tanto, predicamos a Jesucristo el

Salvador, y los hombres son salvos cuando creen en él.

¿Un código moral?

En segundo lugar, el evangelio no es un código moral o ético. Algunos creen que hablar del evangelio es decirles a las personas lo que es correcto e incorrecto. Y nos convertimos en moralistas. Pero al hacer esto no estamos predicando el evangelio, porque éste no es un código moral. Para eso existe la ley.

El evangelio no es la ley; no es una demanda que Dios pone sobre el hombre acerca de lo que éste debe hacer o no hacer. El Señor no nos mandó a ser moralistas, censurando y diciéndonos a los demás lo que está bien o mal en ellos. El evangelio no es eso. Es un mensaje de gracia, que nos dice que somos tan pecadores y corruptos que jamás podríamos ganar el favor de Dios a través de nuestras obras o conducta. Y también nos dice que Dios nos ama y nos acepta por gracia en Cristo, mucho más allá de lo que jamás nos atrevimos a imaginar.

¿Una religión?

En tercer lugar, el evangelio no es una religión. Una religión es básicamente un método humano para obtener el favor de Dios. En el mundo

hay muchas religiones que reúnen a millones de personas. Pero ellas tienen una diferencia radical con el evangelio de Cristo. Todas enseñan que el hombre debe esforzarse y trabajar haciendo muchas cosas para ganar el favor divino, la redención o algo parecido.

En el tiempo de Pablo, todo el mundo era religioso. Hoy, la gente se ha vuelto más irreligiosa. Todo el mundo estaba atrapado en algún sistema religioso de salvación, esforzándose por ser salvo. Pero el evangelio no nos dice que nosotros tenemos que hacer algo para ganarnos el favor de Dios, sino que Dios lo hace todo por nosotros. Por lo tanto, el evangelio no es una religión.

¿Una filosofía?

El evangelio no es una filosofía o una doctrina. Por supuesto, de él se derivan doctrinas (la justificación, el nuevo nacimiento, etc.), pero el evangelio mismo no es un sistema de verdades. Dios no nos dio una filosofía para que seamos salvos. ¿Cómo sería un tratado de filosofía dado por Dios a los hombres? Probablemente, nadie podría entenderlo, porque la mente divina es infinitamente superior a la nuestra. Así que, ¿quién podría ser salvo? ¡Nadie! Pero Dios no nos salva por

un sistema de verdades teóricas e inalcanzables. El evangelio no es así.

El evangelio es una Persona

¿Qué es entonces el Evangelio? Es una persona accesible para todos: Jesucristo. Los sabios encuentran salvación en él, y los humildes también encuentran salvación en él. Esa es la respuesta de Dios a la condición deseparada de los hombres; esto es lo que Dios da a los hombres: una Persona.

En un curso de apologética, un profesor decía que Dios no nos dio un argumento irrefutable. (La apologética busca argumentos para defender la fe). Claro, Dios pudo hacer eso, pero tal vez muy pocas mentes lo habrían podido entender. Pero, Dios no nos dio un argumento irrefutable; nos dio algo mucho mejor: una Persona irrefutable. La sabiduría divina supera infinitamente a la sabiduría de los hombres. Así que la filosofía de Dios, por decirlo así, no es un tratado de filosofía, sino una Persona: Jesucristo.

«*Los griegos buscan sabiduría*» (1 Cor. 1:22). Ésta era la fuerza motriz de la cultura griega. Ellos buscaban «redimirse» mediante la sabiduría. Por eso desarrollaron la filosofía (gr. «amor a la sabiduría»).

Pablo dice a los corintios, que eran griegos, que esa sabiduría humana nunca podrá salvar a nadie. Pero que hay una sabiduría divina: «*Mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios*» (1 Cor. 1:24). Cristo es la divina Sabiduría por la cual Dios salva a los hombres. Esto es el evangelio, que supera a la sabiduría humana, así como el cielo supera a la tierra.

Este es el contenido del evangelio. Anunciamos a una Persona. Por eso se dice en Hechos que los apóstoles, al comienzo de la historia de la iglesia, todos los días, en el templo y por las casas no cesaban de predicar y enseñar, no un código moral, no una ética, no un sistema de vida, no una religión, no una filosofía, sino a Jesucristo. Él es la sabiduría y el poder de Dios; porque en él está la plenitud de Dios.

El evangelio es una verdad total que responde a todas las necesidades de la vida humana. No es una religión, pero nos une con el verdadero Dios. No es una filosofía, pero responde a todas las preguntas que el hombre se ha hecho a través de la historia respecto al significado de la vida humana.

Dios nos dio a una Persona perfecta. Romanos comienza diciendo:

«Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras...». Y luego describe el contenido del evangelio: «...acerca de su Hijo». Cristo, el Hijo de Dios, es el evangelio. Al anunciarlo a él, al hablar de su vida y obra, y al describir su gloria, estamos predicando el evangelio. Porque él es el evangelio.

Un anuncio universal

Hemos dicho que en primer lugar el evangelio es un anuncio, una buena noticia, que nos habla de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo. En segundo lugar, dijimos que el evangelio es una persona: Jesucristo el Hijo de Dios. En tercer lugar, Pablo

«Palabra fiel y digna de ser recibida por todos». Una característica del evangelio es ser universal. Al final de la historia, en Apocalipsis 7:10, vemos una gran multitud de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que claman a gran voz: «La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero». Ellos han sido redimidos por el evangelio. El evangelio no es solo para nosotros, es para los que están más allá, para los que nunca han oído.

El denuedo de Pablo

Pablo es un hombre a quien Dios usó, como a ninguno antes o después en la historia, para llevar la palabra del evangelio. Muchas iglesias surgieron a lo largo de toda la

Cuando el evangelio no está en el centro de la vida de la iglesia, ella se desliza hacia el legalismo o hacia la impiedad.

dice: «A mí ... me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo» (Ef. 3:8).

La expresión «anunciar entre los gentiles», es, según el griego, anunciar a las etnias, o a las gentes, es decir, a todas las naciones de la tierra. En 1 Timoteo 1:15 dice después:

región de Grecia hasta Italia como producto de su ministerio. Era un hombre incansable. «He trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Cor. 15:10).

¿No podría él, ya anciano, al final de sus días, haber dicho: «Bueno, ya he recorrido mucho; he padecido tan-

to, he sido encarcelado y expuesto a tantos peligros. ¿No sería bueno detenerme»? ¿No pensamos así nosotros? ¿Por qué no recoger ahora el fruto de su labor, asentarse en un lugar, descansar y quedarse allí edificando a los hermanos? ¿No estaba bien que él hubiese hecho eso?

Sin embargo, vemos que Pablo, ya anciano, escribe una carta a los romanos. Él quiere ir a ellos, para llevarles la Palabra. Y como no puede ir aún, les escribe exponiendo en su carta (a los Romanos) lo que él llama «*mi evangelio*», aquello que el Señor le reveló y encomendó. Pero les avisa que él también quiere ir a ellos, no solo a regocijarse, edificándoles, sino «*para tener también entre vosotros algún fruto*» (Rom. 1:13), para que algunos otros también crean.

Y no solo eso, sino que, al final de la carta, les dice que se quedará poco tiempo. Estará con ellos, pero seguirá rumbo a España. «*Como está escrito: Aquellos a quienes nunca les fue anunciado acerca de él, verán, y los que nunca han oído de él, entenderán*» (Rom. 15:21). Tal es el corazón del apóstol.

Nadie tenía más derecho que él a recoger en el granero el fruto de su labor, a beber el vino de su siembra,

pero nunca lo hizo. Y la tradición dice que, tras salir de prisión, al final del libro de los Hechos, fue a España a predicar el evangelio, hasta que finalmente el imperio romano lo consideró persona peligrosa y lo condenó a muerte.

Al final de sus días, Pablo sabe que su carrera ha acabado, que nunca más saldrá por los caminos a predicar, pero insta a Timoteo a seguir predicando el evangelio ¡Qué el Señor nos dé un corazón como el de este hombre capturado totalmente por el evangelio de Jesucristo! No pensemos que ya está bien, que ya hemos hecho lo suficiente. En realidad, no hemos hecho nada todavía.

El evangelio es una palabra para todos; también para la iglesia. Es claro que ella necesita oír siempre el evangelio y ser renovada por él. Cuando el evangelio no está en el centro de la vida de la iglesia, ella se desliza hacia el legalismo o hacia la impiedad. Estas son las dos tentaciones mortales que acechan a la iglesia. Lo vemos en las siete iglesias de Asia en Apocalipsis. Martyn Lloyd-Jones, en uno de sus libros, dice que todo avivamiento comenzó cuando la iglesia redescubrió el evangelio.

Sin embargo, el evangelio no es en primer lugar para nosotros, sino para

aquellos que nunca han oído. Nosotros nos regocijamos oyéndolo; pero si esto no se anuncia afuera, ¿de qué sirve? Dios ha puesto la gloria de su Hijo en nuestras manos. Nos ha encomendado el glorioso evangelio de Jesucristo, para que seamos heraldos y testigos en todas las naciones. Por lo tanto, cuando el Señor nos da el evangelio, es para que lo llevemos más allá, a otros que nunca han oído de él.

Las inescrutables riquezas de Cristo

«A mí ... me fue dada esta gracia de anunciar el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo» (Ef. 3:8). «Inescrutables». ¡Qué palabra maravillosa! No creo que haya otra palabra para describir aquello que lo hace único, singular, que no se parece a nada en este mundo: «*las inescrutables riquezas de Cristo*».

La palabra «*inescrutable*» indica algo tan profundo, que por más que nos adentremos en ello, nunca llegamos al fondo. También significa «*insondable*». No se puede medir su profundidad. Creemos conocer el evangelio, pero sabemos muy poco de él; aún estamos parados en la orilla. La palabra *inescrutable* es también «*inagotable*». El evangelio es un tesoro

inagotable de riquezas que están a nuestra disposición.

Las riquezas de su gracia

Efesios es la carta donde Pablo expone con mayor amplitud la revelación que ha recibido de Cristo y la iglesia, la visión celestial. Pero él avanza algunos versículos y retoma el evangelio. En Efesios 1:7 dice: «...*en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados, según las riquezas de su gracia*». Y aquí está el tesoro, el cofre inagotable del evangelio.

Más adelante nos habla de las riquezas de la misericordia de Dios. Luego trata de las riquezas de la gloria de Dios, y en Romanos 11:33 dice que además el evangelio contiene «*las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios*», riquezas insondables e inagotables.

«Gracia» es una palabra difícil de definir. En los manuales de teología es explicada como el favor inmerecido de Dios. Pero la expresión «favor» no logra describir por completo la grandeza de la gracia de Dios. Es mejor describir la gracia que definirla. Dios nos ama; la fuente de su gracia es su amor. Él nos ama incondicionalmente, y por eso, nos ayuda, nos capacita, nos bendice, no

en virtud de nuestros méritos, nuestra devoción o nuestra obediencia.

Vivimos en una sociedad que exalta «la meritocracia». En el mundo laboral, lo primero que se evalúa es el desempeño. Si alguien lo hace bien, irá ascendiendo. Pero no es así con la gracia de Dios; ella no es dada en virtud de nuestro buen desempeño.

Dios nos da porque nos ama. Y nos amó dando a su propio Hijo para hacernos dignos de vivir en su presencia. No por nuestra justicia (buen desempeño), sino por los méritos y la justicia de Cristo. Ya tenemos su amor incondicional y eterno en Cristo.

Por tanto, no vivas más dependiendo de tus méritos, tu obediencia o tu desempeño para con Dios. No pienses que por tu obediencia de hoy, Dios te ama más, o bien, porque no obedeciste tanto, Dios te ama menos. No es así; de otra manera, ya no sería gracia.

Dios tiene riquezas inagotables de gracia para nosotros. ¿Crees que ya gastaste mucho de esa gracia? ¿Ya recurriste demasiado a la sangre de Cristo? Su sangre siempre está vigente, porque su gracia nunca se agota. ¡Bendito sea el Señor! El amor de Dios no se agota; es insondable, infinito, e inagotable.

Las riquezas de su gloria

«...para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu» (Ef. 1:18; 3:16). En el evangelio tenemos las riquezas insondables de la gracia de Dios y también las riquezas de su gloria. ¿Qué es la gloria? Esta es otra palabra difícil de definir; pero intentemos describirla.

Pablo nos dice que el evangelio nos da acceso a las riquezas de la gloria de Dios. En griego, la palabra gloria es *doxa*, que significa *resplandor*. 1 Corintios 15 afirma que una estrella es diferente a otra en gloria, es decir, en luminosidad o brillo. La gloria tiene que ver con lo que algo o alguien proyecta. La gloria de Dios es la proyección de quién es él. Cuando se da a conocer a sí mismo, él revela su gloria. Al ver al Señor, contemplamos su gloria. Tal es el sentido de la palabra griega.

Pero la palabra hebrea, *kabod*, es aún más interesante. Su significado es «peso» o gravedad. A veces nosotros decimos: «Esta persona tiene poco peso; es liviana», aludiendo a alguien superficial o con poca sabiduría, o falto de carácter. Esta idea nos aproxima un poco al concepto hebreo.

El peso es el impacto que un objeto ejerce en su entorno. En física, el peso es un valor relativo que tiene que ver con la masa de un cuerpo y la fuerza de atracción que ejerce sobre otros.

Por ejemplo, el sol ejerce tal fuerza de atracción (gravedad) que obliga a que todos los planetas giren en torno a él. Mientras más masivo es un cuerpo, más fuerza de gravedad posee (peso), y por lo tanto, más influencia tiene sobre los objetos que lo rodean.

Imaginen un objeto cuya masa es infinita, de un peso incalculable. Si éste entrara en la dimensión humana, haría que todo se inclinara forzosamente e irresistiblemente hacia él. Así es la gloria de Dios.

Nosotros, por causa del pecado, vivimos atrapados en «nuestro yo» como centro de gravedad. Éste tiene tal «peso», que obliga a que todo lo demás gire en torno a él. Nuestras ideas, nuestras decisiones, nuestros deseos y sentimientos, todo lo nuestro, es más importante que todo lo demás. ¿No es así?

La terrible fuerza de gravedad del yo hace que todo el universo gire en torno a nosotros, o al menos eso quisiéramos. Ese es el efecto del pecado. Pero cuando la gloria de

Dios se muestra, algo infinitamente mayor entra en escena, pues la palabra gloria en hebreo no solo significa peso, sino relevancia.

Isaías 6. *«En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines ... Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria». Es decir, la tierra está llena de su peso, de su grandeza, de su gravedad inimaginable.*

Tan inmensa es la gloria divina, que todo lo demás, en comparación, no solo pierde importancia, sino que carece de ella. Cuando la gloria del Dios todopoderoso se hace presente, lo demás pierde su valor.

Isaías, un hombre pecador como nosotros, pensando que su yo es lo más importante del universo, ante la visión de la gloria de Dios, queda reducido a nada y exclama: *«¡Ay de mí, que soy muerto!».*

Nada ni nadie en el universo puede eludir el poder y el peso de esa gloria. Aun los serafines, los más poderosos de los seres creados, cubren sus rostros, y caen rendidos a sus pies. *«Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está lle-*

na de su gloria». Y el evangelio nos comunica esa gloria.

«Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Cor. 4:6). Cuando Su gloria se manifiesta, aun los más orgullosos son reducidos al polvo. Pablo, el orgulloso fariseo que perseguía a la iglesia a muerte, cayó como muerto cuando la gloria del Señor resplandeció sobre él.

El evangelio nos revela las riquezas insondables de la gloria de Dios. Por eso los serafines cantan: *«Santo, santo, santo»*. Ellos están llenos de ojos por dentro y por fuera, solo para contemplar la plenitud de la gloria divina, y viéndola, declarar su infinita alteridad respecto a todo lo demás: *«Santo, santo, santo»*.

Las riquezas de su misericordia

«Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo» (Ef. 2:4-5).

La gracia es el amor de Dios cuando se derrama sobre aquellos que no lo merecen. Pero la misericordia es la compasión por aquellos que es-

tán en extrema debilidad, angustia o necesidad, y son impotentes para hacer nada por sí mismos. Dios extiende su amor a los que no pueden hacer nada. Y la Escritura dice que el evangelio tiene riquezas inagotables de misericordia.

Dios es rico en misericordia, en compasión; él ama sin medida. Esto es el evangelio. Pablo habla de *«conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento»* (Ef. 3:19). Al conocer ese amor, somos transformados por él.

«Porque el amor de Cristo nos constriñe pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron» (2 Cor. 5:14). Esto constriñe nuestras entrañas, y no nos deja dormir. Es el amor lo que lleva a los hombres a gastar su vida por Cristo; no es un sentido de obligación, ni el temor ni la amenaza, sino el amor de Cristo lo que hace que Pablo gaste su vida hasta la muerte predicando el evangelio. Si no lo hacemos, si no hay pasión por los perdidos, es porque desconocemos el amor de Cristo.

El gran misionero Hudson Taylor llevó el evangelio al interior de China en un tiempo en que nadie se atrevía a entrar allí. Cuando el Señor lo estaba preparando para esa obra, fue a explorar primero la región y

luego volvió a Inglaterra. Y relata en su autobiografía:

«Un día fui invitado a una reunión de la iglesia donde yo me reunía. La presencia del Señor se manifestó y los hermanos se gozaban oyendo la Palabra. Pero mi corazón se partía por dentro y no lo soporté más. Salí de allí y me fui a caminar por la playa, pensando en los millones de chinos que hora tras hora partían de este mundo a la perdición eterna. Y en ese lugar hice mi decisión; me

consagré para la obra de mi vida. Y dije: Señor, pase lo que pase, cueste lo que cueste, venga lo que venga, yo iré a China a predicar tu evangelio». Y así lo hizo. La tierra de China se abrió para el evangelio de Jesucristo.

Que el Señor nos lleve a predicar allí donde nunca nos atreveríamos a ir, solo porque el amor de Cristo nos ha constreñido y nos ha enviado.

Síntesis de un mensaje impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2019.

Fiel hasta la muerte

El joven Patrick Hamilton (1504-1528) nació en una familia noble escocesa. Su padre lo envió a París para que continuara sus estudios universitarios. Allí buscó ardientemente la verdad, descubrió el verdadero sentido del mensaje del Evangelio y experimentó una gran paz.

Cuando su padre murió, Hamilton regresó a Escocia, convencido de que su país necesitaba escuchar la palabra de Dios, y se dispuso a predicar el Evangelio. Aunque algunos apreciaron su mensaje, tuvo que enfrentarse a una gran oposición. Pronto sus enemigos encontraron una ocasión para hacerlo apresar, y fue condenado a muerte.

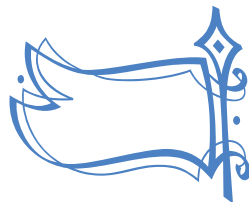
Le propusieron salvar su vida si negaba su fe, pero como él quería *"obedecer a Dios antes que a los hombres"*, respondió: "Es mejor que mi cuerpo arda en las llamas de su hoguera por haber confesado a mi Salvador, que negar a aquel que me amó".

Fue ejecutado al día siguiente, y murió pidiendo a Dios que abriese los ojos de sus conciudadanos para que conociesen la verdad. Pero la maldad de Satanás no tuvo la última palabra. La fe de los cristianos que habían asistido al martirio del joven Patrick se despertó, y muchos empezaron a proclamar con mayor valentía que Jesús era su Salvador.

"Pero tú has seguido mi doctrina, conducta, propósito, fe, longanidad, amor, paciencia, persecuciones, padecimientos ... y de todas me ha librado el Señor. Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución" (2 Tim. 3:10-12).

LBS

Cómo obra Dios en consonancia con la predicación de su iglesia.



El poder del evangelio

Marcelo Díaz



Como el agua fría al alma sedienta, así son las buenas nuevas de lejanas tierras”.

– Prov. 25:25.

Abrimos nuestro corazón en gratitud al Señor por la salvación que nos ha traído a través del evangelio. «*Nuevas de gran gozo*», es el anuncio de Lucas 2:10, porque el evangelio es liberación; es una buena nueva que ha venido del cielo, una noticia formidable que satisface el alma sedienta y necesitada.

Esta es la noticia de nuestra liberación. Por medio del evangelio, somos libres no solo de nuestros pecados, sino libres de nuestras angustias y frustraciones. El evangelio es salvación integral para el hombre. No es un conocimiento ni una información, sino una Persona: Cristo, nuestro Libertador.

Poder que liberta

El evangelio nos permite salir del centro de nuestra atención, de nuestros conflictos, de nuestra historia, y nos da libertad para juzgar las situaciones desde la mente de Cristo. Por eso el Se-

ñor dice: «*Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*» (Juan 8:32). Esta realidad nos hará libres, incluso para juzgarnos a nosotros mismos, reconociendo cuán pobres, insignificantes y ruines somos.

Pablo dice: «*Yo soy el más pequeño de los apóstoles*» (1 Cor. 15:9). Mas a él, «*como a un abortivo*», el Señor le dio la comisión de llevar las buenas nuevas y de revelar el misterio de salvación: «*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero*» (1 Tim. 1:15).

El evangelio nos libra y nos da la capacidad de ser personas equilibradas y juzgar las cosas conforme a las verdades eternas de Dios. Podemos ver que somos producto de una cultura errada, sin Dios; podemos juzgar nuestras equivocaciones, porque somos hombres libres.

El evangelio nos liberta de nuestras torturas internas, de nuestras frustraciones, de las historias amargas que perturban el alma. ¡Qué buena noticia! Somos libres de la culpa, libres de la vergüenza y del temor.

Nuestras frustraciones comenzaron en el Génesis, con una acción equivocada. «*Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codicia-*

ble para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales» (Gén. 3:6-7).

Antes, en Génesis 2:25 leemos: «*Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban*». O sea, luego entró la vergüenza, y la tortura psicológica que provoca la vergüenza es increíble.

¡Cómo un sentimiento de vergüenza puede deformar la personalidad humana! ¿Y quién puede terminar con ello? ¿Años de terapia, de asistencia y de consejería? No. Solo el evangelio. Baste recordar nuestras propias vergüenzas, en ese cuarto oscuro que nos atormenta y nos deprime, de lo cual Satanás toma nota y nos acusa. ¡Pero el evangelio es libertad!

«*Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí*» (Gén. 3:8-10).

El temor paraliza y obstaculiza el desarrollo personal. El miedo trae depresiones y angustias, y entonces nos creamos defensas y hacemos algo para sobrevivir y construir algo propio, a fin de que los demás nos acepten.

Pero el evangelio termina con todo aquello, porque es poder de Dios.

Muchos jóvenes de hoy viven llenos de timidez; no se atreven a hablar, sufren temores interiores. ¿Quién alojó eso en sus corazones? Les es difícil expresar una idea, una palabra, a causa del sentimiento de ridiculez, de vergüenza y de miedo. Joven, ten presente esto: por el evangelio, eres libre, para expresar a Cristo.

«Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses? Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí» (Gén. 3:11-12). La culpa trae esta actitud de eludir las responsabilidades.

La culpa es un tormento de todos los días. Hay personas que construyen su personalidad a partir de ella, y por todo se sienten culpables; y por ello son agresivas, en su afán por defenderse.

Recuerde, el Señor nos libró de la culpa, por el evangelio. Son nuevas de gran gozo. El evangelio es nuestra liberación.

Pablo se sentía preso de esto, porque él había perseguido a la iglesia y no se sentía digno de ser llamado apóstol. Pero el Señor lo comisionó a hablar, y él se sentía comprometido, e hizo de este mensaje su vida, al punto que el mensaje y el mensajero llegaron a ser una sola cosa.

Dios respalda su Palabra

Toda vez que se proclama el evangelio, el Señor se compromete con el mensaje, porque él mismo es la Palabra, el Logos, el anuncio. Dios mismo respalda esas palabras, y hace presente la gloria de su Hijo. No es meramente hablar acerca de Cristo, de sus enseñanzas y de sus valores. Él es el evangelio.

Fíjense cómo escribe Pablo a los hermanos en Éfeso, mucho tiempo después de la manifestación del Señor. Ellos no tuvieron la oportunidad de ver y conocer a Jesús cara a cara. Pero, a través del evangelio, conocieron que Jesús es una realidad.

«Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo...» (Ef. 4:20). No dice «de Cristo», como si fuese una historia, sino «a Cristo», a una persona. «...sí

en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados» (v. 21). Es Cristo mismo quien se hace presente por el evangelio.

«Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo» (Hech. 4:42). No dice «de Jesucristo», o acerca de Jesucristo. Esto es algo sobrenatural. ¡Qué locura! Dice Pablo: «Agra-

«Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creis- teis en vano» (1 Cor. 15:1-2). Atendamos a tres palabras: «el cual recibisteis» (el Señor Jesucristo se recibe); «en el cual perseveráis» (en el

Las huestes angelicales anhelan ver las maravillas y milagros que Dios hará toda vez que prediquemos el evangelio.

dó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación» (1 Cor. 1:21). Es decir, en el anuncio del evangelio, Cristo se hace presente, porque él es uno con el mensaje. ¡Qué maravilla!

«¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?» (Gál. 3:1). ¿Cómo fue presentado? ¿Quién lo presentó? El evangelio.

Pablo llevó el evangelio, presentó a Jesucristo, y Cristo se hizo presente como crucificado. El evangelio es muerte y es también resurrección.

evangelio se persevera); «si retenéis la palabra» (el evangelio se retiene). No es solo un anuncio; se recibe, se persevera, se guarda y se retiene el depósito.

Muerte y resurrección

«Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1 Cor. 15:3-4). Esto es el evangelio: muerte (cruz) y resurrección; una bendita realidad.

La conversión es mucho más que una segunda oportunidad que al-

guien se da a sí mismo para cambiar su vida; es que Otro comienza a vivir en uno, y llega a sanar el alma y aun el cuerpo. El evangelio lleva un germen de vida, de muerte y de resurrección. Y vivimos siempre en esa constante. El evangelio es una vida continua que fluye permanentemente a resurrección de vida, hasta que Cristo aparezca en los cielos. ¡Qué buena noticia! Gracias a Dios, porque el evangelio es la persona del Señor depositada en nosotros. Él se hace presente y vive en nosotros.

La dádiva de Dios

El evangelio también es gracia; es un regalo inmerecido, una dádiva. Cuando alguien recibe un regalo, se alegra. Dios nos ha regalado a su Hijo. Por gracia, él puso la vida de su Hijo en nosotros. Nosotros alcanzamos esa gracia por medio de la fe. *«Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios ... para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones»* (Ef. 2:8; 3:17).

Alguien puede pensar que su fe es muy pequeña. *«Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible»* (Mat. 17:20). Un poco de fe es suficiente para que la realidad celestial

se deposite en ti. Pero si alguien no tiene fe, también hay solución para eso. *«Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios»* (Rom. 10:17).

El anuncio es tan potente que, aun cuando no haya fe y aun cuando el mensaje sea resistido, éste produce fe en nuestro interior. Y esa fe nos conecta con la gracia que se desborda a través del evangelio.

Evangelio y autoridad

El evangelio es gracia; pero también es autoridad. *«Arreptíos, porque el reino de los cielos se ha acercado»* (Mat. 3:2).

El reino de los cielos es el gobierno de Dios. *«¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: Tu Dios reina!»* (Is. 52:7).

El evangelio es el gobierno de Dios que viene a solucionar un problema crucial, porque todos nosotros nacimos con el germen de la rebelión.

En Génesis capítulo 3 vemos cómo fuimos dañados en la esencia de nuestra naturaleza. Somos rebeldes por naturaleza. Nos desenvolvemos de alguna manera en un mundo per-

verso, oponiéndonos, buscando medios agresivos para salir a flote.

Sin embargo, el anuncio del evangelio de Dios resuelve el conflicto de esta rebelión interior, porque el evangelio es también autoridad. Dios reina. No reina el hombre con sus emociones, su voluntad o sus pensamientos. El Señor reina. Y en esa verdad, el evangelio nos va transformando.

En la iglesia, para perseverar en el evangelio, necesitamos referentes de autoridad. Es saludable y equilibrado; nadie que llega al evangelio es libre de tener tal referente. Si no lo tienes, preocúpate y búscalo. Lo necesitas, porque tú, por definición, eres rebelde.

El evangelio guía a los hombres al arrepentimiento. Tal fue el mensaje de Pablo en Atenas, en el centro de la sabiduría del mundo. «*Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*» (Hech. 17:30), porque esto es el reino de Dios.

La autoridad y la sujeción a ella son conceptos clave para perseverar en el evangelio. La Escritura está llena de estas instrucciones. «*Someteos unos a otros en el temor de Dios*» (Ef. 5:21). Todos nos regulamos, nos

equilibramos unos con otros. Las esposas, los esposos, los hijos, los hermanos. En la iglesia y en la familia está provista la autoridad espiritual viva, equilibrada y saludable.

En la realidad actual, hay quienes predicán pura autoridad. Son legalistas, y maltratan a los hermanos, a los hijos y a las familias. Es una contraparte equivocada, incorrecta. La autoridad según Dios es de vida, de servicio, de amor y de colaboración. No es autoritarismo; no es abuso de autoridad. Eso no es el reino de Dios. El evangelio es vida, y hace de nosotros personas equilibradas.

Evangelio y poder

El evangelio también es poder. Esto es maravilloso. Pero «*no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia*» (Rom. 9:16). Lo único que nosotros hacemos es proclamarlo; entonces el Señor se hace presente y el poder de Dios comienza a operar.

«*Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos*» (Hech. 1:8). «*Y estas señales seguirán a los que creen*» (Mar. 16:17). ¿Qué es el poder? «Yo no puedo, pero Dios sí puede». Es el poder de Dios, poder transformador.

«Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Cor. 4:6). Esto nos traslada a Génesis 1:2-3. «Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz».

«Y dijo Dios: Sea la luz ... Dios mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz». Es el poder de Dios, que crea, que transforma, que de la nada lo hace todo. Ese Dios es el que *«resplandeció en nuestro corazones para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Cor. 4:6).*

Si anunciamos el evangelio, el poder creador de Dios opera en el mensaje, porque el mismo Cristo, que es la Palabra por la cual fueron hechas todas las cosas, está obrando. Lo único que tenemos que hacer es anunciar, y entonces la autoridad de Dios opera haciendo nuevas todas las cosas.

El anhelo de los ángeles

«Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron

acerca de esta salvación ... A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles» (1 Pedro 1:10, 12).

La palabra griega traducida aquí como *«mirar»* es: *«observar con el cuello extendido»*. Los ángeles, siendo mayores en poder y autoridad, desconocen estas cosas que a nosotros nos fueron encomendadas. Ellos quisieran ver los misterios de la salvación. Y entonces, ante el trono de Dios, ellos levantan el cuello para mirar las glorias que vendrán a través de la iglesia.

Las huestes angelicales anhelan ver las maravillas y milagros que Dios hará toda vez que prediquemos el evangelio. *«Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento» (Luc. 15:7).*

Hay fiesta en el cielo; los ángeles celebran y alaban a Dios más y más cuando ven el misterio de la salvación, cuando la iglesia anuncia el evangelio y Dios mismo entra en acción.

Pablo dice que nosotros hemos llegado a ser espectáculo a los ángeles. Entonces, cuando tú les hablas el evangelio a tus vecinos o a tus parientes, y predicas a Cristo, hay una expectación celestial. Y como el evangelio es poder de Dios, Dios mismo comprometerá la presencia de su Hijo y, en su gracia y en su poder, hará un milagro en aquellas personas. ¡Bendito sea el Señor!

El hermano Watchman Nee fue un hombre que sobrepasó a muchos en conocimiento, en ejemplo de servicio y de amor al Señor. Sus enseñanzas han sido fuente de inspiración para la restauración de la iglesia en

muchos lugares de la tierra. Cuando él murió, con un conocimiento tan pleno del Señor, en su celda se encontró un papelito que decía así: «Jesús es el Hijo de Dios que murió por nuestros pecados y resucitó al tercer día. Esta es la verdad más gloriosa del universo. Muero por mi fe en Cristo».

Así resumió él todo lo que habló, todo lo que escribió y enseñó. «Este es el mensaje más glorioso del universo». Hermanos, hablemos del Señor dondequiera que él nos lleve. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2019.

La oración de la Reina

La reina Victoria de Inglaterra (1819-1901), conocida por su fe, visitó a una señora mayor y a su joven sobrina. Después del té, la reina propuso leer algunos pasajes del evangelio de Juan.

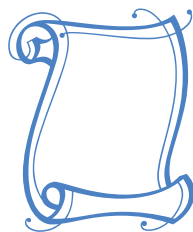
Luego la soberana se dirigió a la muchacha y le preguntó si era cristiana. "¡Oh, por supuesto!", respondió la joven. "¿Cómo sabes que lo eres?", preguntó la reina. "Majestad, fui bautizada y confirmada". La reina no añadió nada, pero propuso orar. Y oró así: "Señor, abre los ojos de esta querida joven, muéstrale que sin un cambio completo de su corazón no puede ser una cristiana, que las prácticas exteriores no pueden hacer nada para salvarla. Te lo pido en el nombre de Jesús nuestro Salvador".

Más tarde, esta joven, al contar aquel suceso, añadió: "A menudo yo había cantado: Dios salve a la Reina (Himno Nacional de Inglaterra), ¡pero no esperaba que la reina pidiese a Dios que me salvase a mí!". La salvación que Dios ofrece gratuitamente no depende de un bautismo o de un rito. *"Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo"* (Rom. 10:9).

LBS

La experiencia plena del evangelio
en la vida de Pablo.

Participando del evangelio



Cristian Cerda



A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”.

— Ef. 3:8.

Un lenguaje superlativo

La carta a los Efesios trata de expresar las realidades gloriosas y eternas del evangelio con un lenguaje superlativo, un lenguaje que va llenando el corazón de esa grandeza. Es como cuando contemplamos las maravillas de la naturaleza y quedamos impactados y nos sentimos tan pequeños.

Enseñando que fuimos predestinados para ser adoptados hijos de Dios, Pablo dice: «*para alabanza de la gloria de su gracia*» (Ef. 1:6). Podría haber dicho: «para su gloria», «para alabanza de su gracia», o «para gloria de su gracia», y nos quedaría claro. Pero él lo expresa de esa manera superlativa.

«...alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él

os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos» (Ef. 1:18). Si solo dijese: «y cuál es su herencia en los santos», con eso entenderíamos a qué se está refiriendo. Pero es un lenguaje grandioso que trata de expresar una realidad para la cual no basta un solo calificativo.

«...y cuál la supereminente grandeza de su poder...» (Ef. 1:19). El término «grandeza» viene de *mega*. De ahí viene la expresión «mega mercado», que es algo mayor que un supermercado o un hipermercado. Pablo quiere que sea alumbrado nuestro entendimiento no para comprender algo pequeño, sino algo muy grande.

Y luego usa la palabra *dynamis*, «poder», que ya es algo grande, como cuando en Hechos 1:8 dice: «Recibiréis poder». Ya es una palabra amplia, pero Pablo está poniendo las cosas en una medida superlativa, no por agrandar algo que no es, sino para mostrarnos algo que tiene tal grandeza que nos desborda totalmente y no existen palabras capaces de expresarlo.

Esto es como cuando los niños están aprendiendo el concepto de cantidad. Había en mi colegio una niña como esperando algo, y le pregun-

té: «¿Qué quieres, hijita?». Respondió: «Es que me falta una moneda». Entonces quise ver si ella cuantificaba. Yo tenía una moneda de 500 pesos y tres de 100 pesos, que eran más grandes, y le di a escoger. Ella tomó la de 500 pesos. Le dije: «Mira, mejor te regalo estas otras tres monedas». Me dijo: «No». «¿Y por qué no?». «Porque con ésta compro más que con esas tres».

Otro ejemplo. Al estudiar las potencias de 10, si decimos 10 elevado a 3 por 10 elevado a 3, el número empieza a ampliarse hasta un punto que, matemáticamente, no logramos comprender. Tienen gran cantidad de ceros. Ya en el sexto cero, en el millón, perdemos la conciencia de aquello, porque nos excedió, sobrepasó nuestra competencia.

Ahora, Pablo está hablando de algo en extremo grande. Es grande, pero mayor que lo más grande. Es algo tan grande y majestuoso que no sabe cómo expresarlo y ponerlo en el corazón de todos. Los primeros capítulos de Efesios tienen este lenguaje superlativo. El término «riqueza» aparece en cinco ocasiones. Todo es riqueza, todo es gloria.

Riquezas inagotables

Cuando el apóstol habla del evangelio, usa la palabra «inescrutables»,

que aparece dos veces en el Nuevo Testamento: en Efesios 3:8 y en Romanos 11:33. Es la idea de algo que no se puede agotar ni se puede conocer en profundidad. Queda siempre algo por conocer. Sorprendido de cómo Dios obra, Pablo exclama: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!».

Cuando se cataloga a los hombres más ricos del mundo, se menciona una enorme cantidad de millones de dólares, exponiéndolo de manera que sea comprensible, diciendo: «Con esto se puede hacer tal cantidad de cosas». Se puede cuantificar, se puede decir: «Hasta aquí llega», o «No es más que esto». Ahora, imaginemos a alguien que tiene tanto, que al dimensionarlo, tiene más y más, y lo suyo no se agota, porque es muy vasto. Nos excede, no hay cómo representar la magnitud de lo que posee.

¿Por qué el buscador de Internet se llama Google? Hay un número tan grande que se expresa con 10^{100} . Ese número se llama *googol*. Ninguna cantidad en la naturaleza llega a tal magnitud. Al buscador se le llamó Google porque llegaría a tener esa cantidad de información. Es un número gigantesco, pero tiene un lími-

te. Sin embargo, al hablar del evangelio, Pablo señala que éste no se agota; es demasiado rico.

A veces, nosotros pensamos que el evangelio es solo para los incrédulos. Pero Pablo dice para nosotros: «*Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios*» (2 Cor. 4:3-4).

Cuando nosotros creemos el Evangelio, cuando lo recibimos, cuando somos iluminados, cuando lo confesamos y éste empieza a inundar nuestra vida, eso no queda allí, sino que comienza a abrirse y a abrirse sin fin. Es imperioso hablar el evangelio a la iglesia, porque éste contiene las riquezas de Cristo.

Paradojas del evangelio

Pablo escribió esta carta en la cárcel. Esto es extraordinario, porque ¿cómo un hombre privado de libertad puede hablar así? Pablo usa un lenguaje que, al leerlo, lo que menos entendemos es cómo él pudo hacerlo en tales circunstancias.

Hay un Salmo que nos produce misma sorpresa. «*Te alabaré entre los*

pueblos, oh Señor; cantaré de ti entre las naciones. Porque grande es hasta los cielos tu misericordia, y hasta las nubes tu verdad» (57:9-10). Al escribirlo, David estaba en una cueva, perseguido por Saúl y temiendo por su vida. Y hay una expresión de gloria que no concuerda con aquello, porque la riqueza del evangelio transforma la vida.

Cualesquiera sean las circunstancias, la riqueza del evangelio es poderosa para que honremos a nuestro Señor Jesucristo. A modo de ejemplo, veamos 2 Corintios 8. «*Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad»* (v. 1-2).

Pablo se refiere no solo a un creyente, sino a varias iglesias en una región, en todas las cuales hay una medida de gracia. Es interesante apreciar cómo él lograba ver esa gracia. Notemos el lenguaje que él usa, y lo paradójico del mismo.

«*...en grande prueba de tribulación»*. No es solo una prueba, sino «prueba de tribulación» y más aún: «*grande prueba de tribulación»*. Lo que menos vemos aquí es gozo. Y en

esa enorme prueba, Pablo señala: «*la abundancia de su gozo»*. O sea, donde hay gran prueba de tribulación, la gracia provoca no solo gozo, sino abundancia de gozo.

«*...y su profunda pobreza»*. Donde hay necesidad y extrema pobreza, lo que menos hallaremos es generosidad. Y Pablo agrega: «*La gracia de Dios que se ha dado a las iglesias ... y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad»*. ¿Cómo aquellos que estaban en dificultades pudieron tener abundancia de gozo, y aquellos que estaban en profunda pobreza tuvieron riquezas de generosidad?

La gracia

La respuesta está un poco más allá. No es una virtud humana, porque cuando alguien está en dificultad, es obvio que no siente gozo. El versículo 9 da la respuesta. «*Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos»*. Ellos conocieron esa gracia.

Ahora, ¿quién no sabe que Cristo se hizo pobre por amor a nosotros? Lo más probable es que todos lo sepamos. Entonces ¿por qué no obra en nosotros aquella gracia que operó

en los hermanos en Macedonia? Sí, lo sabemos; pero el problema es solo una palabra: «Ya conocéis...».

El verdadero conocimiento

¿Qué significa conocer? En el mundo occidental, conocer es tener información acerca de algo. Pero en la Escritura, el conocer no es solo eso. De hecho, la palabra *conocer*, en el hebreo del Antiguo Testamento, se usa, por ejemplo en Génesis 4:1. «Conoció Adán a su mujer Eva», y en Génesis 4:17: «Y conoció Caín a su mujer».

El conocer en la Biblia no se limita al pensamiento, sino que se vincula a una experiencia con aquello que se conoce. Recién al tener esa experiencia se puede decir: «Conozco».

rebelaron contra mí, y los profetas profetizaron en nombre de Baal, y anduvieron tras lo que no aprovecha» (Jer. 2:8).

Un ejemplo más. Cuando el ángel le anuncia a María que dará a luz un niño, ella dice: «¿Cómo será esto? pues no conozco varón» (Luc. 1:34). No es que ella no había visto nunca a un varón, sino que ella no conocía la intimidad, la experiencia de ser una con un varón.

Experimentando a Cristo

Cuando Jesús dice: «Conoceréis la verdad» (Juan 8:32), está diciendo exactamente lo mismo. Ellos serán uno con la verdad, la experimentarán. En este sentido, hay un riesgo para nosotros, porque estamos en

Es imperioso hablar el evangelio a la iglesia, porque éste contiene las riquezas de Cristo.

El pueblo de Israel conocía y cumplía los ritos y los sacrificios; pero cuando el profeta tiene que hablarles, los reprende porque ellos practican los ritos, pero no tienen una experiencia de intimidad con Dios. «Los sacerdotes no dijeron: ¿Dónde está Jehová? y los que tenían la ley no me conocieron; y los pastores se

una sociedad del conocimiento, pero no en la perspectiva bíblica, sino como una capacidad de retener información, y cuanto más información tenemos, podemos obtener más beneficios para nosotros.

El conocimiento, en la Escritura, está vinculado a la experiencia; no es sa-

ber la verdad, es experimentar la verdad. No es que yo sepa que, por amor, el Señor se hizo pobre; es que he experimentado aquello, lo he vivido, me he hecho uno con él.

La experiencia de las iglesias en Macedonia en este sentido fue tan fuerte que ellos empezaron a dar y a dar, y Pablo tuvo que detenerlos. Porque habían experimentado la verdad, *«doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos»* (2 Cor. 8:3-4).

El conocimiento que provee el evangelio es transformador, porque nos hace experimentar a Cristo. ¿Hay alguien que pueda experimentar a Cristo y quedar como estaba antes? Pero es posible que solo nos quedemos con la experiencia anterior, con tantos campamentos en tantos años, y con las primeras experiencias que transformaron nuestra vida.

El descenso a la gloria

Nuestra vida no tendría sentido de no haber conocido a Cristo. ¿Qué nos falta ahora por experimentar? Yo creo que hay una respuesta, y la voy a aventurar, en la gracia del Señor.

La carta a los Filipenses muestra un triple descenso de Cristo a la gloria, como en una escalera. Primero, él *«no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse»* (2:6). Sin dejar de ser Dios, él asumió por completo nuestra humanidad. Él es Dios y es también hombre; él es hombre, y es Dios con nosotros.

El segundo peldaño es que, *«estando en la condición de hombre* (ya descendió, ya se despojó, ya se anodó, se hizo nada), *se humilló a sí mismo»*, optó también por humillarse. Él no tomó sus propias decisiones, no actuó independientemente de Dios. Y el tercer peldaño fue la muerte, *«haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»* (v. 8).

La experiencia de Pablo

1. El despojamiento de sí mismo

Sigamos este esquema en la vida de Pablo. ¿Cómo él asume estos tres peldaños? Por supuesto, ninguno de nosotros logra una comprensión cabal de este despojamiento, pero al menos algo ocurre en nosotros al experimentar esta verdad. Y veamos lo que sucedió con Pablo.

«Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la car-

ne, yo más» (Flp. 3:4). Y entonces da una lista de aquello que para un judío era valioso: «*circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable*» (v. 5-6). Mas él experimentó la verdad, experimentó algo de las inescrutables riquezas de Cristo.

Cuando preguntas a un no creyente: «¿Qué eres tú?», te dirá: «Bueno, yo soy profesor, estudié en tal universidad, he hecho tales y tales postítulos, tengo un *Master*». Eso define a la persona.

Un creyente puede decir: «Yo soy un esclavo de Cristo». «Pero ¿qué haces?». «Sirvo a Cristo». «Sí, pero ¿qué estudiaste?». «Ah, lo que estudié no define lo que soy. Lo que soy lo define mi Señor». ¿Vemos la diferencia?

2. Renunciando a todo

Pero Pablo no se queda allí y baja un segundo peldaño. «*Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por amor de Cristo...*» (v. 8). Él ya había estimado lo concerniente a su linaje como pérdida. ¿A qué se está refiriendo con «*todas las cosas*»?

Ahora, si Pablo nos tuviera que describir su servicio, nos dejaría a todos muy pequeños. Él sufrió penalidades, fue hecho prisionero, enfrentó un naufragio, por causa de Cristo. Probablemente diría: «Renuncié a todo, pero el Señor me ha dado recursos, me ha permitido viajar, me ha dado posibilidades de escribir». Mas creo que aquí él se refiere al segundo peldaño: «*...estimo todas las cosas como pérdida*».

El Señor puede haber hecho mucho a través de tu servicio; pero la honra y gloria es siempre para él. Él te ha usado, y tú puedes contar tantos hechos. Pablo dice a los corintios: «*Lo que hablo, no lo hablo según el Señor, sino como en locura, con esta confianza de gloriarme. Puesto que muchos se glorían según la carne, también yo me gloriaré...*» (2 Cor. 11:17-18). Él no se jactaba de todo lo que el Señor hacía por medio de él, porque incluso aquello lo estimaba como pérdida, «*para ganar a Cristo*» (Flp. 3:8).

3. Gustando la muerte

Y el tercer peldaño es la muerte. «*...a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos* —es decir, experimentar Su muerte, morir como Él murió— *llegando a ser semejante a*

él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos» (Flp. 3:10-11).

Pablo añade: *«No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús»* (v. 12). Si Dios quiere, Pablo podrá asir aquello para lo cual fue tomado por Cristo – para conocer a Cristo aun en la muerte.

Versículo 13: *«Yo mismo no pretendo ya haberlo alcanzado; pero una cosa hago...»*. Aquí nos detenemos, porque esta *«una cosa»* la hemos descuidado. ¿Cuál es ésta? *«...olvidando ciertamente lo que queda atrás»*. No es desechar lo que queda atrás, sino considerar que aquello que queda atrás solo cimentó el camino hacia lo que está adelante.

Lo que queda atrás son esas experiencias, ese conocimiento, esa verdad que experimentamos: pero eso tiene que quedar atrás, porque las inescrutables riquezas del evangelio de Cristo son tan vastas e insondables, que no podemos pensar que ya no haya nada por delante para asir respecto a Cristo.

«...y extendiéndome a lo que está delante...». Para Pablo, esto era morir. Tal vez para nosotros, no. Pero ¿qué está delante de ti en cuanto a las riquezas de Cristo? Filipenses fue escrita en la época de las cartas carcelarias. Pablo es liberado de la prisión. El libro de los Hechos ya quedó atrás. Nos conviene mirar aquello que fue un anhelo en Pablo, a lo cual él quería proyectarse.

Vemos el tercer peldaño. *«Porque yo ya estoy para ser sacrificado...»*. Hay varias palabras griegas para «sacrificio», pero aquí Pablo escoge una muy precisa, la misma de Filipenses 2:17: *«...y aunque sea derramado en libación»*. *«Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe»* (2 Tim. 4:6-7).

La historia dice que el apóstol murió decapitado. Dios lo tomó para algo, y Pablo vivió hasta el último de sus días para aquello por lo cual lo tomó el Señor. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en El Trébol (Chile), en enero de 2019.

La vida más grata

Una vida gastada en el servicio de Dios y la comunión con él, es la vida más grata que cualquier persona puede vivir en este mundo.

Matthew Henry

¿Cómo podrá esta generación sostener la fe hasta el regreso del Señor?



El evangelio en tiempos peligrosos

Alexis Vera

Lecturas: 2 Timoteo 1:1-2; 1:14; 2:3, 8; 3:1, 14; 4:1, 5.

En la segunda epístola a Timoteo, Pablo deja una especie de testamento, escrito no desde la relativa comodidad del arresto domiciliario, sino en una oscura y maloliente mazmorra en Roma. Él sabía que estaba cerca la hora de su partida, de manera que esta carta nos muestra la profundidad de su corazón en relación al ministerio que Dios le había encomendado. Es su legado final a una generación nueva, las palabras de alguien que fue testigo de una visión particular de Jesucristo resucitado.

Aquí podemos discernir, en primer lugar, el sentido de una tarea cumplida. *«Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida»* (2 Tim. 4:6-8).

Pablo no está sufriendo por el hecho de su pronta partida, sino más bien tiene el anhelo de vivir la experiencia de participar aun de los padecimientos de Cristo, siendo semejante a él en su muerte.

El legado de Pablo

Hay un segundo sentido profundo de transmitir el testimonio de Dios a una nueva generación. No es casualidad que Pablo inicie la carta llamando a Timoteo *«amado hijo»*. El nombre Timoteo significa *«el que honra a Dios»*. Pablo está impregnado de esa paternidad espiritual. Él sabía que Dios había apartado a Timoteo para ser depositario de las riquezas del evangelio, y anhelaba que aquella gloria fuese testificada en la vida del joven.

Hoy, es como si el Espíritu Santo nos hablara directamente diciéndonos: *«Amados hijos»*, porque somos herederos del legado de una suma de generaciones a lo largo de la historia de la iglesia. Hoy día hay una gran expectativa sobre nosotros. Somos una generación privilegiada, que está en pie creyendo en el Señor Jesucristo, recibiendo las riquezas del evangelio en los últimos días.

Podemos discernir la expectativa de las generaciones pasadas, y de alguna manera, desde los cielos, el Se-

ñor mismo espera que seamos diligentes en tomar la gloria del evangelio, disfrutar de las riquezas insondables de Cristo y testificar de él, preparando el camino a su regreso.

Amenazas internas y externas

¿Qué otro sentido tendría vivir en este escenario? ¿Vivir para esperar la muerte? Nuestra esperanza en Cristo no está solo aquí. Conocemos el tiempo en que estamos viviendo, vemos cómo se levanta la apostasía y vemos a un mundo en un estado de absoluta corrupción y decadencia moral y espiritual, dándole las espaldas a Dios. ¿Habrá una generación capaz de emitir la potencia del evangelio tal como fue en el primer siglo o, aún más, de allanar el camino para el regreso del Señor?

«También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos» (3:1). Estos tiempos peligrosos pueden ser definidos por amenazas internas y externas. En el contexto de la carta se discierne amenazas internas en el propio corazón de Timoteo. *«Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos»* (1:6). Si Timoteo no respondía a esta exhortación, corría el riesgo de que el testimonio de Dios se extinguiera.

«Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio» (1:7). Si él no avivaba el fuego, aquel espíritu no tendría libertad de expresión, y Timoteo, un joven tímido, sería dominado por la cobardía.

Nosotros somos la generación que recibe todo el legado de fe en la historia, y con todo, parecemos ser una generación tímida. Satanás intenta convencer al mundo que los cristianos son ignorantes, carentes del fundamento de lo que hoy es el «dios de la ciencia», y que no tienen una razón de su fe. Mas la Escritura dice que *«agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación»* (1 Cor. 1:21), y he aquí la sabiduría de Dios: Cristo y su cruz. Este evangelio trasmite el contenido más consistente, la luz más grande a través de la cual podemos discernir el universo entero.

Nosotros tenemos una relación vital con el Dios vivo. Por medio de la manifestación divina a través de Jesucristo hemos conocido el propósito de esta vida. Hemos visto cosas que el hombre no logra ver, expresiones de amor, de perdón, de comunión, en otro tiempo desconocidas, pero que Él infundió en nuestros corazones. Entonces, ¿por qué acobardarnos, si nuestro testimonio

tiene el respaldo de aquel que venció a Satanás? Debemos apropiarnos del poder del evangelio.

También había amenazas en el seno de la iglesia. *«Me abandonaron todos los que están en Asia»* (1:15). El libro de los Hechos relata que Pablo logró evangelizar a los habitantes de Asia, de manera que muchos vinieron a la fe del Señor, particularmente los que estaban en Éfeso. Pablo está denunciando que muchos de aquellos que un día caminaron con él, cuando le vieron en prisión, lo abandonaron. Es la tragedia de una apostasía generalizada.

Y las amenazas del mundo. *«También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos»* (3:1). Hay una descripción del carácter de los hombres de este último tiempo. Destacamos toda esta situación contextual porque tenemos la convicción de que esto es un reflejo fiel de nuestros días. Al ver la cristiandad del tiempo presente, descubrimos las mismas amenazas internas y externas.

Pablo exhorta a Timoteo

Entonces, ¿cómo podrá esta generación sostener el evangelio hasta el regreso del Señor? ¿Cuál es la encomienda actual de Dios? En este mensaje queremos abordar dos de las

cuatro grandes exhortaciones contenidas en esta carta. Esta es la comisión del Espíritu Santo a la generación que será protagonista en los postreros días: Guarda el evangelio, sufre el evangelio, persiste en el evangelio y predica el evangelio.

Primera exhortación: «Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros» (2 Tim. 1:14). Segunda: «Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo» (2:3). Tercera: «Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido» (3:14). Cuarta: «Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo» (4:2).

Guardando el buen depósito

Veamos la primera de ellas. «Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros» (2 Tim. 1:14). La expresión «guardar», en el original, significa proteger algo para que no sufra pérdida; habla de una dedicación o de un cuidado diligente. Luego dice «el buen depósito», y la expresión original «bueno» es superlativa. Significa excelente, insuperable, precioso, admirable. No es apenas bueno, sino algo que asombra a quien lo recibe. Como dice Pablo, es una «palabra fiel y digna de ser recibida por todos».

La palabra *depósito* indica una cosa valiosa que es traspasada a la custodia de otra persona a quien se estima confiable. ¿Cuál es el contenido de este depósito? ¿Y quién es digno de confianza para recibir este depósito? Este contenido puede ser expresado así, según Efesios 3:8: «el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo».

Esas riquezas insondables han sido confiadas por el Señor Jesús poco antes de ir a la cruz. En su oración, él dice: «Padre, la hora ha llegado ... La gloria que me diste, yo les he dado» (Juan 17:1, 22).

¿Quiénes son los destinatarios que reciben este depósito de gran valor? ¿Quiénes son los dignos de confianza que reciben la gloria de Dios mismo? Jesús dice: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria» (Juan 17:24).

Esto expresa que Dios confía la gloria de su Hijo a aquellos que Él dio en las manos de su Hijo. Es decir, Dios nos confía las riquezas de Cristo, pero nosotros somos confiados en las manos del propio Señor Jesús. Porque él dice: «aquellos que me has dado», y luego: «La gloria que me diste, yo les he dado».

En seis ocasiones en este capítulo él utiliza la expresión «*los que me diste*» o «*los que me has dado*», es decir, Jesús está reconociendo que el Padre le ha dado un regalo de amor.

El contenido de este don de amor somos nosotros, que éramos hombres muertos en delitos y pecados. Hoy somos lavados por Su sangre, hechos aptos para participar de la herencia de los santos en luz; somos

forma que el universo visible e invisible no conocía antes. «*Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo*».

Recuperando lo perdido

¿Hay razón para nuestra timidez o para nuestro desánimo? ¿Hemos perdido la capacidad de asombro y de adoración? ¿Cuándo fue la últi-

Somos la generación que recibe todo el legado de fe en la historia, y con todo, parecemos ser una generación tímida.

contenedores del Espíritu de Dios, y ahora presentados como una joya de la gracia de Dios. Este es el poder del evangelio, por eso no nos avergonzamos de él.

¿Cuál es el propósito y la belleza del evangelio? Que el evangelio nos conduce a la propia gloria de Dios, comienza en ella y termina en ella. El hombre es un objeto de misericordia para que Dios revele su gloria de manera más magnífica de lo que había sido antes de la redención, mediante la ofrenda de Cristo. La muerte de Jesús hace brillar la gloria de Dios de una forma mucho mayor, y su resurrección hace brillar la gloria y la justicia de Dios de una

ma vez que nos conmovimos ante el Señor y su obra? ¡Cuán duro está nuestro corazón! El relámpago de luz está irradiando desde los cielos, pero nosotros hemos levantado las barreras de la comodidad o del entretenimiento y hemos perdido esa devoción por la gloria de Cristo.

Necesitamos recuperar la devoción por la gloria del Señor. El evangelio no tiene otro propósito sino conducir a hombres sencillos a la gloria de Cristo, confiada al corazón de la iglesia. Pareciera que nosotros, la última generación en este tiempo peligroso, hemos sido negligentes con nuestra más alta vocación de rendirnos y contemplar Su gloria. Que él

despierte nuestros anhelos por él, que él sea el objeto de nuestra meditación de día y de noche.

John Owen, un hermano del siglo XVII, es autor de *La Gloria de Cristo*, un maravilloso libro de meditaciones respecto a la persona y a la obra de Jesús. Él dice algo que llama profundamente la atención: que la medida de disfrute de nuestra relación con la gloria del Señor en el día de su regreso está condicionada por lo habituados que estemos hoy a vivir en su gloria mediante la fe.

Jesús oró al Padre diciendo: «...*para que vean mi gloria*». Pablo dice que la gloria de Dios resplandeció en nuestro corazón. Juan dirá: «*No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído*» (Hech. 4:20). Es decir, ellos tenían un encuentro particular con la gloria del Señor.

Todo aquel que ha tenido una experiencia con el evangelio, ha tenido un destello de la gloria de Cristo en su corazón. El punto es hasta qué nivel lo hemos cultivado en la presencia del Señor.

¿En qué ocupamos nuestra mente a diario? ¿Son las distracciones del mundo las que nos desvían la atención y perdemos el único y gran foco por el cual hemos de vivir, pensar y decidir?

Incluso viviendo en la atmósfera del evangelio, fácilmente nos distraemos con otras cosas que no son el Señor Jesucristo mismo. Aun los servicios cristianos resultan en una distracción. Pablo decía: «*Una cosa hago*» (Flp. 3:13). Volver a la simplicidad de una devoción plena por Cristo, levantarnos de mañana y venir a sus pies, abrir las Escrituras y pedir al Espíritu Santo que nos muestre el rostro del Señor.

¿Cómo podemos ser luminares en el mundo en esta generación maligna y perversa, sino reflejando la gloria del Señor? Cuando su gloria es revelada, en todas las Escrituras vemos un efecto común en quienes la experimentan: Daniel cae postrado ante la visión del Varón vestido de lino. Isaías declara: «*Vi yo al Señor*», y luego dice: «*¡Ay de mí! que soy muerto*» (Is. 6:1, 5). Pedro, en aquella pesca milagrosa, dice: «*Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador*» (Luc. 5:8). Y también Saulo camino a Damasco. Cristo mismo aparece en una visión celestial y el perseguidor es derribado. Y Juan en Apocalipsis: «*Cuando le vi, caí como muerto a sus pies*» (1:17).

Cada experiencia con la gloria del Señor nos muestra cuán diferente es él de nosotros, cuán santo, cuán hermoso es él. Con todo, al recono-

cer nuestra condición, lo único que podemos decir es: «¡Ay, apártate de mí!». Pero hay algo que nos sorprende en estos relatos: al estar ellos derramados delante del Señor, él extiende su mano y les dice: «No temas», porque Dios está interesado en revelar Su gloria.

Necesitamos orar que el Espíritu Santo abra camino en nuestro corazón para derramarnos delante del Amado. Él está llamando a nuestra puerta para tener comunión con nosotros. Dios lo hizo todo para que disfrutemos de su gloria y nosotros permanecemos impávidos, habiendo perdido la vocación más grande que no es predicar, sino disfrutar este evangelio. Entonces el testimonio saldrá de nuestros labios con poder y convicción, respaldado por el Espíritu Santo.

Sufriendo por el evangelio

«Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo» (2 Tim. 2:3). Es la segunda exhortación a Timoteo.

El hecho de hablar de sufrimiento puede ser chocante para nuestra conciencia, porque el gran paradigma de la sociedad actual es la búsqueda de la felicidad, la comodidad, el lujo, la satisfacción. ¿Cómo es posible que el evangelio nos invite a

sufrir? Son palabras contrarias a la lógica humana.

«Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas» (Sal. 126:6). Eso debe cumplirse en nuestra generación. Es un llamado a sufrir por el evangelio. Si somos sinceros y analizamos cuál es el objeto de nuestros sufrimientos, si permitimos que el Señor examine nuestro corazón, descubriremos que gran parte de ellos son por causa de nuestros pecados, por causa de nuestras malas decisiones o incluso de situaciones que ni siquiera deberían hacernos sufrir.

He aquí un motivo digno por el cual somos llamados a sufrir y del que conocemos poco. Es diferente a sufrir por causa de las circunstancias que Dios prepara para trabajar las marcas de la cruz en nosotros. Puede envolver esas circunstancias, pero este dolor está relacionado con el sufrir cuando damos testimonio. En este sentido, podemos recordar muchas experiencias a lo largo de la historia de la iglesia.

Hubo una hermana del tercer siglo llamada Perpetua, perteneciente a una familia adinerada de Cartago, que siendo recién convertida fue condenada a prisión. Su padre no era

cristiano, y movió sus influencias a fin de que ella pudiese retractarse de su fe y salir en libertad. Ella era madre de un bebé lactante, que quedaría huérfano. Su padre le dijo: «Renuncia por amor de tu hijo, y por misericordia a mí y mis canas». Ella respondió: «Yo no puedo negar aquello que soy».

El Señor tuvo tiernos cuidados con ella, pues cuando le quitaron su bebé, éste naturalmente dejó de mamar. El hijo volvió a los cuidados de la familia y la joven fue llevada para ser devorada por las fieras. Cantando himnos al Señor, su testimonio convirtió incluso al verdugo. Perpetua tuvo la convicción de que, aun en su muerte, ella participaría de lo que Cristo padeció.

En medio del avivamiento moravo, conocemos el relato de unos hermanos que, por ir a predicar el evangelio a una isla donde eran llevados los esclavos, deciden dejar a sus familias y venderse como esclavos para irse a aquel lugar y conquistar almas para Cristo. Ellos se hicieron esclavos tal como lo fue el Señor Jesús, siervo de todos nosotros, y se embarcaron en aquella travesía para nunca más volver, por causa del evangelio. Su pregón resuena en nuestros corazones hasta el día de hoy: «El Cordero que fue inmolado

es digno de recibir la recompensa de su sacrificio».

¿Tiempo para nosotros?

Estas historias traspasan el corazón, porque hoy no sabemos lo que es sufrir por causa del evangelio. El profeta Hageo hablando al pueblo alestargado en la obra de edificación, dice: «*¿Es para vosotros tiempo, para vosotros, de habitar en vuestras casas artesonadas, y esta casa está desierta?*» (Hag. 1:4). Aquella generación llevaba dieciséis años detenida en la obra de restauración de la casa de Dios, y el profeta les dice: «*¿Ustedes juzgan que es tiempo para edificar sus propias casas?*».

¿Será que nosotros hemos usado el evangelio para armar nuestros propios proyectos de vida? Hemos usado el evangelio para cumplir nuestros proyectos, para crear una familia moralmente aceptable, para un bien espiritual personal, pero hemos sido incapaces de tomar la gloria del evangelio y sufrir para que llegue a otros a los cuales nadie se quiere acercar hoy.

¿Es tiempo para nosotros de permanecer en la comodidad, o será hora de salir y descubrir que la mies es mucha? Hay hombres y mujeres a la espera de que una palabra de gracia sea dicha, de que una mano de

misericordia sea extendida, para que ellos vengan a la fe del Señor Jesús.

El anhelo por Cristo

¿Usará el Señor a aquellos que tienen un discurso de miedo que acaban disuadiendo en vez de atraer, o a quienes han sido receptores de la visión celestial? El llamado es a que nosotros avivemos el fuego. ¡Señor, vuelve a encender nuestros corazones, vuelve a despertar una devoción permanente hacia ti!

«Una cosa hago, olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante...» (Flp. 3:13). Aquí hay una riqueza insondable: el propio anhelo por Cristo. Pablo estaba tan impregnado por el evangelio que a pesar de estar preso, él buscaba una medida de participación de Cristo en todas las experiencias. Aun las penalidades que estaba viviendo, las estaba sufriendo *«en Cristo»*.

«Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y

el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos» (Flp. 3:8-11).

Aun al final de sus días, Pablo quería más de Cristo. Él tuvo victorias y aun sufrió hostilidades desde que le conoció; pero había una experiencia aún por conocer: los dolores más profundos de Cristo. No solo en las alegrías, sino también en los sufrimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte.

¡Qué maravilla! ¿Tenemos nosotros esa ambición de conocer a Cristo aún en la forma de morir? ¿Con qué muerte hemos de glorificar al Señor, si es que hemos de morir?

Tengamos presente siempre quién es el Señor, meditando en su persona y en su obra, y disfrutando de él. Que nuestro corazón esté sensible a su voz, anhelando a Cristo hasta el día en que él regrese, diciéndole: «Mi alma no encontrará pleno descanso hasta el día en que te vea cara a cara». Porque él dice: «Ciertamente vengo en breve», y nuestro corazón está siendo despertado para eso. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en El Trébol (Chile, en enero de 2019).



El significado del evangelio
en la vida de Pablo.

El anuncio a los gentiles

Cristian Rojas



A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”.

– Ef. 3:8.

Es imposible mirar el anuncio del evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo sin considerar quién era éste que decía ser «*menos que el más pequeño de todos los santos*».

Ya oímos que Pablo, en la carta a los efesios utiliza muchas expresiones que, en nuestro idioma, no alcanzan a describir plenamente la gloria del evangelio. Lo mismo ocurre con Pedro y Juan, quienes habían estado ante la persona misma del Señor Jesús en el monte de la transfiguración. Ellos le vieron, y esa visión jamás pudo borrarse de sus ojos.

El anuncio del evangelio está directamente relacionado con quién hemos visto. Pedro, Juan y los demás discípulos habían visto al Señor, y esta visión los había capturado de tal manera que ellos no podían dejar de decir aquello que habían visto y oído.

Si el Señor ha puesto hoy esta carga en medio de sus siervos, es porque de alguna manera hemos dejado de anunciar este evangelio. Es porque quizás aquello que hoy se predica, como el mismo Pablo decía, es «*otro evangelio*». Pablo exhortaba a los gálatas diciéndoles que otro evangelio y aun otro Cristo estaba siendo predicado.

Tiempos peligrosos

Hoy vivimos tiempos peligrosos, aunque a veces lo ignoramos. Para nosotros, estar en Cristo es nuestro reposo y nuestra paz, y esto es verdad. Pero la Escritura relata que, cuando el pueblo de Israel estaba restaurando los muros, con una mano edificaban y en la otra tenían la espada. Había una obra de edificación, pero ellos también estaban atentos a lo que pasaba alrededor.

Pareciese que hoy solo hemos considerado solo aquello que está dentro de la iglesia, como los servicios o los ministerios, olvidando la necesidad de aquellos que mueren sin conocer a Cristo. El Señor nos llama la atención a través de esta palabra. Hay una necesidad afuera, y Dios espera que nosotros seamos la respuesta para este tiempo.

Toda obra de Dios viene del cielo. Nada de su obra puede ser llevada a

cabo si no tenemos los cielos abiertos. Hechos capítulo 2 nos relata cómo Dios envió la promesa del Espíritu Santo el día de Pentecostés, dando inicio a la historia de la iglesia. Sin embargo, al poco tiempo, la iglesia enfrentó tiempos angustiosos, los creyentes fueron perseguidos; pero el propósito de Dios no se detuvo.

Saulo, perseguidor de la iglesia

En Hechos capítulo 8, habían pasado cuatro o cinco años, y pareciese que el evangelio ya no estaba siendo anunciado. Entonces aparece Saulo en escena. Él creció en Tarso, una ciudad griega. A los catorce años de edad fue enviado para ser instruido a los pies de Gamaliel. Y luego, en Jerusalén, Saulo había alcanzado tal notoriedad, que podía dar su veredicto en relación a aquellos que eran perseguidos.

Esteban muere apedreado. «*Y Saulo consentía en su muerte. En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles ... Y Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel*» (Hechos 8:1-3).

«Hubo una gran persecución contra la iglesia», pero la persecución fue como un gran viento que sirvió para esparcir la semilla. La iglesia era asolada a causa del evangelio. Saulo perseguía a los discípulos, entraba a las casas y los llevaba a la cárcel. Sin embargo, vemos la respuesta de la iglesia en el versículo 4... «Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio».

Si no vemos las dificultades con los ojos de Dios, podríamos errar. Los hermanos pudieron haber creído que Dios ya no estaba con ellos; pero ellos tenían un solo corazón, y las aflicciones y la persecución fueron solo un instrumento divino para que la iglesia cobrara más fuerza para predicar el evangelio.

Considerar las dificultades con nuestros propios ojos trae desánimo y división. Que Dios nos lleve a mirar como él, para entender sus propósitos, que son más altos que los nuestros. El enemigo quería destruir a la iglesia, pero el Dios todopoderoso estaba por ella.

«Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase al-

gunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén» (Hech. 9:1-2).

La conversión de Saulo

«Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Él, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer» (Hech. 9:3-6).

¡Qué historia impresionante! Por una parte Saulo acude al sumo sacerdote terrenal para pedir aquellas cartas, por otra parte, el verdadero y único Sumo Sacerdote celestial se le aparece en el camino a Damasco.

Saulo era una fiera descontrolada. Él respiraba amenazas y muerte; pero el Señor se le manifestó. Vemos este mismo relato en Hechos 22 y en Hechos 26. ¡Qué tremenda experiencia! Nosotros no tuvimos esa vivencia tan traumática. Mas la verdad es que, a lo largo de este camino, desde que creímos en el Señor

hasta hoy, muchas veces él ha tenido que salirnos al encuentro.

Saulo cayó a tierra. El evangelio nos humilla; el instrumento que Dios usa en eso es la gracia, que nos derriba y nos muestra lo que realmente somos. Es por eso que, en un momento, Pablo, a pesar de tener un historial tan grande, podía describirse a sí mismo como *«el más pequeño de todos los santos»*. ¿Qué llevó a Saulo a hablar así, sino esa luz que lo ennegueció?

«...y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hech. 9:4). El hermano Christian Chen menciona a siete personas a las cuales Dios hizo un doble llamado, repitiendo sus

Saulo da inicio a una nueva era. Por eso la Escritura registra esta historia con tantos detalles, que también nos sirven de ilustración para entender, no solo cómo Pablo anunciaba el evangelio, sino cómo Dios preparó este vaso. Así también nos ha preparado a nosotros a lo largo de estos años. Un día, los siervos dejarán de predicar, y solo veremos a Cristo y su iglesia gloriosa. Sí, Dios ha seguido trabajando día a día en cada una de nuestras vidas.

«Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (v. 5). Nuestro anuncio es directamente proporcional a aquello que hemos visto. Esto nos hace preguntarnos: ¿Acaso la escasez de

Pablo no se avergüenza del evangelio, porque él había sido cautivado no por una doctrina, sino por Cristo mismo.

nombres: Abraham, Jacob, Moisés, Samuel, Marta, Simón y Saulo.

Todos estos personajes fueron un punto de inflexión en su época. En un momento determinado de la historia, Dios utiliza a ciertas personas para cambiar un rumbo. Así fue con Abraham, con Samuel, y especialmente con Saulo.

nuestra proclamación y de nuestro anuncio es proporcional a Aquel a quien hemos visto?

Cuando Jesús se manifestó a la mujer samaritana, le dijo: *«El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás»* (Juan 4:14). ¿Por qué a menudo los cristianos tenemos sed? ¿Por qué buscamos otras

fuentes de satisfacción? Puede darse el caso en que algunos de nosotros veamos el propio «servicio al Señor», como un medio de autosatisfacción. El servicio al Señor no es un fin en sí mismo. El riesgo de caer en el activismo religioso es un mal de nuestro tiempo.

¡Que jamás perdamos de vista a Cristo mismo como nuestra fuente inagotable!

Apartado para el evangelio

El apóstol escribe: *«Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios»* (Rom. 1:1). Y en Romanos, al final, dice: *«Y al que puede confirmaros según mi evangelio»* (16:25). Con respecto a su testimonio, dice que él fue apartado para el evangelio. Y al final de la epístola, él habla del evangelio como algo propio. No dice que es el evangelio de Dios, sino que es *«su»* evangelio.

«Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor. 5:14-15). Para Pablo, el evangelio era más que un mensaje: era su vida, eran sus afectos, su pensar. Antes, su respiración eran

amenazas y muerte; pero luego que Dios le salió al encuentro, todo su ser fue transformado, así como lo ha sido con nosotros.

Pablo había sido cautivado por el evangelio; esta era su devoción. Cristo llegó a ser tan precioso para él que no podía contenerlo en su corazón y tenía que anunciarlo. Vemos que inmediatamente él sale de Damasco y comienza a predicar a Cristo. No necesitó ir a una escuela por años, ni necesitó aprender un discurso, pues Cristo era su vida.

Padeciendo por el evangelio

Pablo no fue apartado solo para crecer en medio de un grupo de hermanos. De alguna manera, nosotros tenemos un concepto de la edificación del Cuerpo, y todo eso es verdad; pero revisando la historia de la iglesia desde sus comienzos, vemos que ella estuvo marcada por sufrimientos y persecuciones.

Unos hermanos en China decían que, en vez de orar por ellos mismos, ellos estaban orando por nosotros, sus hermanos de occidente. A causa de las persecuciones, ellos han seguido predicando el evangelio. En cambio, aquí en occidente, hay iglesias cómodas, preocupadas de sus locales, de sus equipos musicales y de sus obras personales. ¿Y

qué pasa afuera? ¿Qué pasa con nuestros vecinos? El conde Zinzendorf decía: «La tierra que tenga más necesidad del evangelio, ésa es mi tierra».

Mirando a los cielos

Pablo jamás olvidó su encuentro con el Señor. Tampoco Pedro y Juan. Para ellos, eso no solo fue el punto de partida, sino una relación viva cada día. Y nosotros también podemos tener esta realidad, mirando hacia los cielos y no a las cosas terrenales.

Cuánta riqueza reveló el Señor a la iglesia en Éfeso a través de Pablo. Sin embargo, unas décadas más tarde, vemos a Juan en Patmos, llorando por las iglesias. Y en ese contexto se le aparece el Señor y le dice: «*No temas*», como diciendo: «Juan, las iglesias están en mi mano».

Todas las iglesias están en las manos del Señor. Él no nos abandona. Las aflicciones, las pruebas, solo son un medio que Dios usa para formarnos, porque así como Pablo, somos como una fiera, y si el Señor no nos moldea con dolor, lo único que hacemos es traer calamidades a la iglesia.

Se nos hablaba en estos días acerca de cuán triste es «cuando aparecemos nosotros y no el Señor». Pablo tenía claro esto; él había sido tras-

pasado por esta visión, y él derramó esta revelación a la iglesia en Éfeso. Sin embargo, en Apocalipsis nos encontramos con un reclamo del Señor. «*Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor*» (Apoc. 2:4), ese amor que habla de la primacía del Señor Jesús.

El evangelio es más que vivir una vida cristiana. Podemos cantar, hablar y dar testimonio; pero mucho de esto no son más que cosas rutinarias, sin vida. Eso ocurrió en Éfeso: después de haber recibido tal revelación, el Señor les vuelve a exhortar. Ellos habían dejado lo más esencial: a Cristo mismo.

Nuestra misión hoy

¿Cuál es nuestra verdadera misión hoy? Sin duda, «no podemos anunciar lo que no hemos visto, o lo que no hemos oído». El Señor no nos llama para repetir un mensaje aprendido, sino para anunciar lo que realmente ha cautivado nuestro corazón.

«Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Mar. 16:14-15). A

pesar de la debilidad y la fragilidad de ellos, el Señor les dejó una encomienda.

Cuando Jesús sanó a un ciego de nacimiento, el hombre dijo: «*Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo*» (Juan 9:25). Ser ciego era una miseria que él jamás olvidaría; pero hoy veía. ¿Nuestra falta de predicación será porque hemos olvidado quiénes éramos antes? El llamado del Señor hoy es a no olvidarlo; pero al mismo tiempo anunciar lo que hoy somos en Cristo.

El Señor llene la tierra de este glorioso evangelio, «*porque es poder de Dios*» (Rom. 1:16). No es que él *tiene* poder, sino que *es* poder. Por eso, Pablo no se avergüenza del evangelio, porque él había sido cautivado no por una doctrina, sino por Cristo mismo. Así también nosotros, si el Señor no viene aún, tenemos la responsabilidad de ser la respuesta de Dios para el tiempo presente. El Señor nos socorra.

Dice la Escritura en Hechos que Pablo fue hasta los ancianos y les anunció todo el consejo de Dios, y les dijo: «*No fui rebelde a la visión celestial*» (Hech. 26:19). También les dijo: «*Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdona-*

rán al rebaño» (Hech. 20:29). Y ese anuncio se cumplió. La iglesia en Éfeso entró en severa decadencia.

Mencionamos esto por la importancia que tienen los hermanos que están al frente de las iglesias, porque de alguna manera el propósito de Dios podría incluso verse trunco, si ellos no interpretan la carga de Dios para el tiempo presente. Pero la responsabilidad no está solo en los ancianos, sino en todos los santos, porque a todos nos ha sido encomendado este ministerio de la reconciliación.

Un día el Señor nos pedirá cuentas. Que tengamos hoy urgencia por agradar su corazón. ¿De qué nos sirve conformarnos con lo poco que hemos cosechado, si afuera hay tantos que mueren sin conocer al Señor? ¿De qué nos serviría llenarnos de elogios?

Un hermano en la antigüedad decía que el fracaso de la iglesia no vino a causa de la persecución, sino a causa de los aplausos. El Señor envía aflicciones y él nos trata, solo para que podamos venir a sus pies como aquella mujer en Betania, para que luego podamos crecer en él y anunciar su evangelio.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2019.

Revisando conceptos básicos en la predicación del glorioso evangelio de salvación.

Palabra fiel y digna

C.H. Spurgeon

Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Tim. 1:15).

Cuando los antiguos profetas venían de parte del Señor, predicaban tales juicios y amenazas y calamidades que sus rostros reflejaban mucha tristeza y sus corazones pesar. A menudo comenzaban sus mensajes anunciando: «La carga del Señor, la carga del Señor». Pero ahora, nuestro mensaje no tiene esa carga. Ni amenazas ni truenos forman parte del evangelio. ¡Solo se habla de misericordia! El amor es la suma y la sustancia del evangelio: amor inmediato, amor hacia el primero de los pecadores.

Sin embargo, en relación a nuestra predicación, sigue siendo nuestro gozo y delicia predicar esa carga. Independientemente de cómo predique hoy, espero que esta palabra de Dios prevalezca en la conciencia de todo hombre, y que todos aquellos que nunca han encontrado un refu-

gio en Jesús, por esta sencilla predicación de la Palabra, sean persuadidos a venir para comprobar y ver que el Señor es bueno.

Hoy veremos dos grandes temas: en primer lugar está el texto, y luego hay una doble recomendación agregada al texto: «*Palabra fiel y digna de ser recibida por todos*».

I. La declaración de Pablo

En la declaración del apóstol: «*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*», veremos tres elementos muy importantes: el Salvador, el pecador y la salvación.

El Salvador

En primer lugar está *el Salvador*. Cuando se explica la fe cristiana, éste es el punto por donde debemos empezar. La persona del Salvador es la piedra angular de nuestra espe-

ranza. Sobre él descansa la eficacia del evangelio. Si alguien predicara un Salvador que es un simple hombre, no sería digno de nuestras esperanzas, y la salvación predicada sería inadecuada a nuestras necesidades.

Toda la salvación descansa sobre la Persona del Salvador. Cuando predicamos el evangelio, no debemos titubear. Debemos mostrar hoy un Salvador tal, que ni la tierra ni el Cielo podrían mostrar; es tan amante, tan grandioso y tan poderoso, que es muy evidente que él fue destinado desde el principio para llenar nuestras más profundas necesidades.

Sabemos que Jesucristo, quien vino al mundo para salvar a los pecadores, era Dios. Y que desde mucho tiempo antes de que viniera a este mundo, los ángeles lo adoraban como al Hijo del Altísimo. Aunque Jesucristo era el Hijo del Hombre, hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne, él era desde toda la eternidad el Hijo de Dios, y tenía en sí mismo todos los atributos de la perfecta Divinidad.

¿Qué otro mejor Salvador podría tener cualquier hombre que el propio Dios? Si desde el principio desplegó los cielos como un velo e hizo

la tierra para que el hombre pudiera habitar en ella, ¿no es capaz de rescatar al pecador de la destrucción? Siendo Dios, él es omnipotente e infinito. Cuando él emprende algo, tiene que realizarse. Puesto que Jesucristo Hombre es también Dios, al anunciar al Salvador, tenemos plena confianza que estamos dando una palabra que es digna de toda aceptación.

El nombre dado a Cristo sugiere algo relacionado con su Persona. Él es llamado en nuestro texto: «*Cristo Jesús*». Esas dos palabras quieren decir: «el Salvador Ungido». Dios Padre, desde toda la eternidad ungió a Cristo para que ejerciera el oficio de Salvador de los hombres.

El Redentor que viene del cielo para redimir al hombre del pecado, no viene sin haber sido enviado. Él tiene la autoridad de su Padre que lo respalda en su obra. ¿Qué otro mejor Salvador necesitarías que Aquel a quien Dios ha ungió? ¿Qué más podrías requerir si el eterno Hijo de Dios es tu rescate y el ungimiento del Padre es la ratificación del pacto?

Sin embargo, no habríamos descrito completamente al Redentor mientras no hayamos advertido que él es Hombre. Cristo vino al mundo

en el sentido de la más perfecta y plena unión con la naturaleza humana. ¡Oh, pecador, al predicar a un divino Salvador, tal vez el nombre de Dios sea tan terrible para ti, que difícilmente pienses que el Salvador se adapta a ti! Pero escucha de nuevo la vieja historia:

El Hijo de Dios abandonó su trono en la gloria y vino a nacer en un pesebre. Míralo crecer desde la niñez hasta salir al mundo a predicar y sufrir. Míralo gemir, humillado y despreciado. Míralo en el huerto, sudando gotas de sangre. Míralo en casa de Poncio Pilato siendo azotado. Míralo en la cruz, muriendo en una agonía terrible. Míralo en el sepulcro silente. Míralo finalmente, rompiendo las ataduras de la muerte, levantarse al tercer día para después subir a los cielos «llevando cautiva la cautividad».

Pecador, ahora tienes al Salvador ante ti, claramente manifestado. Este hombre, Jesús de Nazaret, aquel que murió en la cruz, era el Hijo de Dios, el resplandor de la gloria de Su Padre, «...*el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló*

a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp. 2:6-8).

¡Oh, que pudiera traerlo aquí ante ustedes, que pudiera traerlo aquí para mostrarles Sus manos y Su costado! Si pudieran poner sus dedos en el lugar de los clavos, como Tomás, y meter la mano en Su costado, creo que no serían incrédulos, sino creyentes.

Si conocieran a nuestro Señor aquellos que dudan y temen, dirían: «Oh, yo puedo confiar en él. Una Persona tan divina y sin embargo tan humana, ungida por Dios, debe ser digna de mi fe. Puedo confiar en él. Oh, si yo tuviera responsabilidad por todos los pecados de la humanidad y yo fuera el depósito de toda la infamia del mundo, aun en esas condiciones podría confiar en él, pues un Salvador así es capaz de salvar plenamente a los que vienen a Dios por medio de él». Esta, pues, es la Persona del Salvador.

El pecador

El segundo punto es *el pecador*. Si nunca hubiéramos escuchado este texto de la Biblia, supongo que habría un silencio sepulcral al leerlo por primera vez. «*Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para sal-*

var a los pecadores». Serían todo oídos esforzándose por saber por quién murió el Salvador. Cada corazón preguntaría: «¿A quién vino a salvar?».

Si nunca hubiéramos oído el mensaje, ¡cómo palparía el corazón lleno de temor ante la inseguridad de poder cumplir con el perfil del carácter descrito! Cuán agradable es oír de nuevo la palabra que describe el carácter de aquellos a los que Cristo vino a salvar: Él «*vino al mundo para salvar a los pecadores*».

Reyes, no hay ninguna distinción especial para ustedes; los mendigos y los pobres podrán probar también Su gracia. El campesino sin educación es igualmente bienvenido. El judío no es más justificado que el gentil. Ni ustedes que están llenos de buenas obras y que se consideran santos entre los hombres, él tampoco los distingue a ustedes. El único y simple título, tan amplio como la humanidad misma, es sencillamente éste: «*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*».

Ahora bien, debemos entender el texto en un sentido general al leer que todos aquellos que Jesús vino a salvar son pecadores. Ellos eran *por naturaleza* pecadores. Él vino al

mundo para salvar a pecadores conscientes de su pecado. Eso es muy cierto. Pero ellos no tenían conciencia de su pecado cuando él vino para salvarlos. No eran sino pecadores «*murtos en delitos y pecados*» cuando él vino a ellos.

Los hombres no eran pecadores sensibles cuando Cristo murió para salvarlos. Él los vuelve sensibles, es decir, que sienten convicción de pecado como un efecto de Su muerte. Aquellos por quienes murió son descritos –sin ningún adjetivo que disminuya el alcance de la palabra– como simples pecadores, sin ningún distintivo de mérito que los pueda distinguir de sus compañeros. ¡Pecadores!

Ahora, el término incluye una muestra de cada tipo de pecadores. Los pecados de algunos hombres son poco visibles. Que nadie piense que debido a que sus pecados son menores, hay menos esperanza para él. Si te puedes incluir en ese catálogo, ya sea al principio o al fin, no importa dónde, estás incluido. Y la verdad es que aquellos que Jesús vino a salvar eran originalmente pecadores, y puesto que tú también eres uno, no tienes ninguna razón para pensar que estás excluido.

También Cristo murió para salvar a los pecadores culpables de los peores pecados. Sería una vergüenza mencionar las cosas que practican en privado. Pero nuestro texto no excluye ni siquiera a éstos. ¿Acaso no hemos conocido a algunos blasfemos que son tan profanos que no pueden pronunciar palabra sin agregar un juramento? Pero no hay nada que pueda excluir incluso a éstos.

Puesto que el Señor me ha hecho sentir que estoy perdido, no lo habría hecho a menos que tenga la intención de salvarme.

Muchos de éstos serán lavados por la sangre del Salvador y serán hechos partícipes del amor del Salvador.

Este texto tampoco hace distinción en cuanto a la edad de los pecadores. Muchos hombres tienen un color de cabello totalmente opuesto al color de su carácter. Si se convirtieran ahora, sería ciertamente una maravilla de la gracia. ¡Cuán difícil es doblegar a un viejo roble! Ahora que ha crecido y se ha endurecido, ¿puede ser cambiada su inclinación? ¿Puede el gran Labrador darle forma? ¿Puede injertar en ese viejo tronco algo que traiga frutos celestiales? ¡Claro que sí! Él puede, ya

que el texto no menciona ninguna edad y muchos han probado el amor de Jesús en sus últimos años.

En lo que se refiere a nuestro texto, no hay ningún tipo de límite. Debo entender el texto tal como está. Y ni siquiera por ti podría consentir en limitarlo. Dice: «*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*». Ha habido algunos hombres salvos que han sido como tú. Entre ellos ha

habido tremendos malvados. Entonces, ¿por qué no tú, incluso si eres tan corrompido como éstos?

Pecadores de cien años de edad han recibido la salvación. Entonces, ¿por qué no podrías recibirla tú? Si de uno de los ejemplos de Dios podemos inferir una regla y, más aún, si tenemos su propia Palabra que nos respalda, ¿dónde está el hombre que sea tan arrogante para excluirse él mismo y cerrar la puerta de la misericordia en su propia cara? No, el texto dice: «pecadores». ¿Y por qué ese texto no nos podría incluir a ti y a mí en su alcance? «*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*».

Aquellos a los que Cristo vino a salvar son pecadores. Pero Cristo no salvará a todos los pecadores. Hay algunos pecadores que sin duda se perderán porque rechazan a Cristo. Lo desprecian. No se arrepienten. Eligen su propia justicia. No se vuelven a Cristo, no aceptan ni Sus caminos ni Su amor. Para tales pecadores, no hay promesa de misericordia, ya que no existe ningún otro camino de salvación.

Si quiero saber si Cristo murió por mí de tal manera que ahora pueda creer en Él y sentir mi salvación, debo responder a esta pregunta: ¿Siento hoy que soy realmente un pecador? En lo más profundo de mi alma, ¿es esa una verdad de Dios grabada con fuego: Yo soy un pecador? Entonces, si es así, Cristo murió por mí. Sin duda alguna seré salvo, si sintiéndome ahora un pecador, creo esa sencilla verdad de Dios y confío en ella como mi ancla en los tiempos de tormenta.

Díganme, hermanos, ¿están preparados a confiar en Él? ¿Acaso hay entre ustedes algunos capaces de decir que se reconocen pecadores? Te suplico que creas en esta gran verdad de Dios que es digna de toda aceptación: Cristo Jesús vino para salvarte. Conozco tus dudas y temores, puesto que yo mismo los he te-

nido. Y el único camino por el cual puedo mantener vivas mis esperanzas es simplemente éste: cada día soy traído a la Cruz. Creo que hasta mi lecho de muerte no tendré otra esperanza sino ésta.

Y la única razón por la que creo que Jesucristo es mi Redentor es simplemente esta: yo sé que soy un pecador. Puesto que el Señor me ha hecho sentir que estoy perdido, no lo habría hecho a menos que tenga la intención de salvarme. Y puesto que me ha permitido ver que pertenezco a esa clase de personas que él vino a salvar, deduzco de ello, más allá de toda duda, que él me salvará.

¡Oh!, ustedes que están buscando algo mejor de lo que puede ofrecerles este mundo loco, yo les predico el bendito evangelio del bendito Dios, Jesucristo el Hijo de Dios, nacido de la virgen María, que padeció bajo Poncio Pilato, que fue crucificado, muerto y sepultado y que fue levantado de nuevo el tercer día para salvarlos a ustedes, sí, a ustedes, pues él *«vino al mundo para salvar a los pecadores»*.

Salvar a los pecadores

Y ahora, brevemente, el tercer punto. ¿Qué quiere decir *salvar* a los pecadores? *«Cristo Jesús vino para*

salvar a los pecadores». Si necesitan un cuadro que les muestre lo que significa ser salvados, déjenme presentarles uno:

Hay un pobre infeliz que ha vivido durante muchos años en el más horrendo pecado. Se ha hecho tan indiferente al pecado que el vicio y la locura han arrojado su red sobre él y se ha convertido en alguien detestable pero incapaz de salir de esa condición. Se precipita hacia su ruina. Desde su niñez hasta su juventud y su adultez ha pecado sin freno y ahora se encamina hacia sus últimos días. El infierno ya se está abriendo para él, pero él aún no se da cuenta. Continúa en su impiedad, despreciando a Dios y odiando su propia salvación. Dejémoslo allí. Han pasado algunos años, y ahora escuchan otra historia.

¿Pueden ver a aquel espíritu que se destaca entre la multitud, cantando de manera muy dulce sus alabanzas a Dios? Está vestido de blanco, un símbolo de su pureza, y pone su corona a los pies de Jesús y le reconoce como Señor de todo. ¡Escúchenlo! ¿Lo oyen cantar la melodía más dulce que se ha oído en el Paraíso? *«Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre ... a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén»* (Apoc. 1:5-6).

Este es exactamente el mismo hombre que un poco antes era terriblemente depravado. Pero fue lavado, fue santificado, fue justificado.

La salvación abarca todo el trayecto entre ese pobre hombre desesperadamente caído que vimos inicialmente, y el espíritu elevado a las alturas, ocupado en alabar a Dios, que vimos al final. Eso es lo que significa ser salvo: que nuestros viejos pensamientos, nuestros viejos hábitos y costumbres sean renovados. Que nuestros viejos pecados sean perdonados y que recibamos una justicia que no es nuestra. Tener paz en nuestra conciencia, paz con el hombre y paz con Dios. Tener el vestido sin mancha de una justicia que no es nuestra sobre nuestro cuerpo y ser sanados y lavados.

Ser salvos es ser rescatados del pozo de la perdición. Es ser levantados al trono del Cielo. Ser librados de la ira y de la maldición y de los truenos de un Dios airado, y ser llevados a sentir y probar el amor, la aprobación y el aplauso de Dios nuestro Padre y nuestro Amigo. Y Cristo da a los pecadores todo esto.

Al predicar este sencillo evangelio, no tengo nada que ver con aquellos que no se consideren pecadores. Mi evangelio es para los pecadores y

solo para ellos. La totalidad de esta salvación tan amplia, preciosa y segura, está dirigida a los marginados, a los desechados; en una palabra, a los pecadores.

Creo haber declarado la verdad del texto. Ciertamente, nadie puede malentenderme a menos que lo haga de manera intencional. «*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*».

2. Una doble recomendación

Y ahora, queda por delante la parte más difícil: la doble recomendación del texto. Primero, «*Palabra fiel*», que es una recomendación para el que *duda*. En segundo lugar, «*digna de ser recibida por todos*». Esta es una recomendación para el indiferente y también para el ansioso.

La Palabra fiel

«*Palabra fiel*». Este texto es para el que *duda*. El diablo, cuando se topa con una persona a quien va dirigido el mensaje, alguien que se siente pecador, redobla sus esfuerzos para que éste no crea. Satanás te dice: «No lo creas. Es demasiado bueno para ser cierto».

Déjenme responderle con la palabra de Dios: «*Palabra fiel*» es ésta. Es buena y es tan verdadera como buena. Es demasiado buena para ser

realidad si Dios mismo no la hubiera dicho.

Tú piensas que es demasiado buena para ser cierto, porque pesas el grano de Dios con tu propia balanza. Recuerda que tus caminos no son sus caminos, ni sus pensamientos son tus pensamientos. Pues bien, tú piensas que si algún hombre te ofende, no podrías perdonarlo. Sí, pero Dios no es un hombre. Él puede perdonar donde tú no puedes perdonar. Y en esas situaciones donde tú agarrarías a tu hermano por el cuello, Dios lo perdona setenta veces siete. No conoces a Jesús, de otra manera creerías en él.

Creemos honrar a Dios cuando pensamos grandes cosas de nuestros pecados. Recordemos que mientras debemos meditar en nuestros pecados, no le damos la honra a Dios si pensamos que nuestro pecado es más grande que su gracia. La gracia de Dios es infinitamente mayor que nuestros mayores crímenes.

Cristo te mira hoy desde la Cruz del Calvario con los mismos amantes ojos que una vez lloraron viendo a Jerusalén. Te mira, y dice: «Yo vine al mundo para salvar a los pecadores». ¡Pecador! ¿No vas a creer en él y confiar tu alma en sus manos? ¿No vas a decir: «Dulce Señor Jesús,

tú serás nuestra confianza a partir de ahora? Por ti, renuncio a todas las otras esperanzas; tú eres y siempre serás mío».

Ven, tímido amigo, voy a tratar de darte ánimo, repitiendo nuevamente el texto: «*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*». Te exhorto por tu honestidad, que puesto que afirmas creer en la Biblia, que creas en esto. Allí está. ¿Crees en Jesucristo? Por favor, respóndeme. ¿Crees que miente?

El Dios de la Verdad ¿se inclinaría a mentir? «No» dices tú, «todo lo que Dios diga, lo creo». Pues es Dios quien te lo dice, en su propio Libro. Cristo murió para salvar a los pecadores. Veamos, ¿no crees en los hechos? ¿No se levantó Jesucristo de su sepulcro? ¿No demuestra eso que su evangelio es auténtico? Y si el evangelio es auténtico, todo lo que Cristo declara que es el evangelio debe ser verdadero.

Te exhorto, puesto que crees en su resurrección, a que creas que él murió por los pecadores y a que abracés esta verdad. Además, ¿quieres negar el testimonio de todos los santos en el cielo y de todos los santos en la tierra? Pregunta a cada uno de ellos y te dirán que esto es verdad: Él murió para salvar a los

pecadores. Yo, como uno de los más humildes de sus siervos, doy mi testimonio.

Les digo que cuando Jesús vino para salvarme, no encontró nada bueno en mí. Sé con toda certeza que no había nada en mí que pudiera recomendarme ante Cristo. Y si me amó, me amó porque así lo quiso, porque no había nada en mí para que me amara, nada que él pudiera desear en mí. Lo que yo soy, lo soy por su gracia. Por él soy lo que soy. Pero al principio me encontró como un pecador y la única razón de su elección fue su soberano amor. Pregunta a todo el pueblo de Dios y todos te dirán lo mismo.

El apóstol Pablo dice: «Yo fui un blasfemo, un perseguidor y alguien que hizo mucho daño, pero he obtenido misericordia, para que Cristo Jesús mostrase en mí, el primero, toda su clemencia». Entonces, si Cristo ha salvado al peor de los pecadores que haya existido, no importa cuán pecador seas tú, no puedes ser más pecador que el primero y el Señor tiene la capacidad de salvarte.

Oh, te suplico, por los miles y miles de testigos alrededor del Trono y por los miles de testigos en la tierra, por Jesucristo, el Testigo en el Calvario, por la sangre derramada que testifi-

ca aún ahora, por Dios mismo y por su Palabra que es fiel, te imploro que creas en esta palabra fiel, que «*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*».

Recomendación a los indiferentes

Ahora vamos a concluir. En segundo lugar, este texto se recomienda para los indiferentes y también para los preocupados. Este texto es digno de toda aceptación por parte de la persona indiferente. Oh, hombre, tú lo desprecias. Dijiste en tu corazón: «¿Y a mí qué? Si esto es lo que predica este hombre, no me interesa escucharlo. Si éste es el evangelio, no es nada». Ah, amigo mío, es algo, aunque no lo sepas.

El tema que he predicado es digno de tu aceptación. Aunque un niño lo presentara, sería digno de tu atención, pues es de vital importancia. Amigo, no es tu casa la que está en peligro; no es solo tu cuerpo; es tu alma. Te suplico, como hombre, como tu hermano, como alguien que te ama y que desea librarte del horno, que no desprecies las misericordias que hay para ti. Porque esto es digno de toda tu atención y digno de tu aceptación sin límites.

¿Eres sabio? Esto es más digno que tu sabiduría. ¿Eres rico? Esto es más digno que toda tu riqueza. ¿Eres fa-

moso? Esto es más digno que todo tu honor. ¿Eres de noble linaje? Esto es más digno que todo tu árbol genealógico, que toda tu apreciable herencia. Lo que predico es el tema más digno bajo el Cielo porque durará cuando todas las demás cosas desaparezcan. Estará a tu lado cuando tengas que estar solo. A la hora de la muerte, abogará a tu favor cuando tengas que responder al llamado de la justicia en el tribunal de Dios. Y será tu eterna consolación a través de las edades sin fin.

Al corazón preocupado

Ahora debo concluir. Pero mi espíritu siente que quisiera quedarse aquí. Es muy extraño que muchos hombres no se preocupen por sus almas. ¿Qué me debería importar que los hombres se perdieran o se salvaran? ¿Me serviría de algo la salvación de ellos? Definitivamente no tengo ninguna ganancia en ello. ¡Y sin embargo siento más por muchos de ustedes, de lo que ustedes sienten por ustedes mismos!

Oh, qué extraña dureza del corazón es revelada en el hecho de que un hombre no se preocupe de su propia salvación; que sin mediar ningún pensamiento, rechace la más preciosa verdad de Dios. Detente, pecador, antes de que te alejes de la miseri-

cordia que hay para ti. Detente, porque tal vez éste sea uno de tus últimos avisos, o peor aún, tal vez sea el último aviso que oirás jamás. Ahora está aquí. Oh, te suplico que no apagues el Espíritu. Cuando termines de leer este sermón no regreses a tus vanas preocupaciones. No olvides qué tipo de hombre eres.

Busca un lugar tranquilo, entra en tu aposento, cierra la puerta. Arrodiílate junto a tu cama y ¡confiesa tu pecado. Clama a Jesús, dile que eres

un hombre degradado y en la ruina, sin su gracia soberana; dile que has visto hoy que él vino para salvar a los pecadores y que el pensamiento de un amor como ese te ha llevado a deponer las armas de tu rebelión. Dile que deseas de todo corazón ser suyo. Allí, con tu rostro inclinado, suplícale y dile: «¡Señor, sálvame, que perezco!».

Dios los bendiga a todos por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

El poder de la palabra de Dios

En los años 1930, un vendedor había logrado vender una Biblia en un pueblo aislado de Polonia. Cuando tres años más tarde volvió a ese pueblo, sintió un gran gozo: ¡Doscientas personas habían sido llevadas a la fe en Cristo, gracias a la lectura de la única Biblia que poseían!

Como aquellos cristianos solo tenían a su disposición un ejemplar de las Escrituras, habían decidido dividir cuidadosamente el libro en varias partes para que circularan entre los habitantes, y así beneficiarse todos de la lectura.

El vendedor organizó un encuentro con aquellos creyentes y les preguntó si podían recitar de memoria algunos versículos de la Biblia. Uno de los oyentes le preguntó: "¿Comprendimos bien? ¿Se refiere a versículos o capítulos?".

Muy sorprendido, el vendedor descubrió que ellos habían aprendido de memoria no solo versículos aislados, sino varios capítulos e incluso libros enteros de la Biblia. Algunos podían repetir de memoria un evangelio entero, otros una parte del libro de los Salmos o de Génesis.

En total, aquellos doscientos creyentes podían recitar prácticamente toda la Biblia. Gracias a Dios, porque las partes de la Biblia, que eran leídas diariamente e iban de casa en casa, estaban tan gastadas que casi no eran legibles.

Memoricemos la palabra de Dios y démosla a conocer, pues el Señor mismo prepara los corazones para que sea recibida. LBS

Cartas de C.H. Mackintosh a uno de sus colaboradores, acerca de la predicación del Evangelio.

La obra de evangelización

C.H. Mackintosh

Primera Carta

Querido amigo:

Ha sido de mucho interés y, espero, de mucho provecho en estos últimos tiempos seguir en los Evangelios y en los Hechos las variadas huellas de la obra de evangelización; y me ha parecido que no estaría fuera de propósito presentarte algunos pensamientos que me vienen a la mente. Me sentiría mucho más a mis anchas al emplear este medio que si escribiera un tratado formal.

Ante todo, me sorprende sobremedida la simplicidad con que se llevaba adelante la obra de evangelizar en los primeros tiempos; algo muy diferente, en gran parte, de lo que prevalece entre nosotros. Me parece que los hombres modernos nos enredamos muchísimo más por reglas convencionales y por las costumbres de la cristiandad.

Somos deficientes en lo que podría llamar «elasticidad espiritual». Somos llevados a pensar que para evangelizar hace falta un don especial, y que, aun allí donde se halla este don, hace falta que la organización humana tenga mucho que ver. Cuando hablamos de hacer obra de evangelista (2 Tim. 4:5), solemos tener ante los ojos grandes salas públicas y un gran número de gentes, que exigen un don y un poder para hablar considerables.

Ahora bien, tanto tú como yo creemos plenamente que, para predicar el evangelio en público, hace falta un don especial proveniente de la Cabeza de la iglesia; y además, creemos, siguiendo Efesios 4:11, que Cristo ha dado y da todavía «evangelistas».

Esto está claro, si hemos de ser guiados por la Escritura. Pero en los Evangelios y en los Hechos de los

Apóstoles encuentro que una buena parte de la obra de evangelización fue cumplida por personas que no eran del todo dotadas de una manera especial, sino que tenían un amor ardiente por las almas y un sentimiento profundo del valor de Cristo y de su salvación.

Además, veo en aquellos que eran especialmente dotados, llamados y establecidos por Cristo para predicar el evangelio, una simplicidad, libertad y naturalidad tales en su manera de obrar que desearía vivamente para mí y para todos mis hermanos.

Examinemos un poco la Escritura. Tomemos esa hermosa escena de Juan 1:36-45. Juan derrama su corazón como testimonio a Jesús: «*He aquí el Cordero de Dios*». Su alma estaba absorbida por el glorioso Señor. ¿Cuál fue el resultado? «*Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús*».

¿Y qué sigue? «*Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús*». ¿Y qué hizo? «*Éste halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús*». Y también: «*El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Feli-*

pe, y le dijo: Sígueme ... Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José ... Ven y ve».

He aquí, pues, el estilo, la manera que tan fervientemente deseo; esta obra individual, que consiste en echar mano de la primera persona que se nos cruza por el camino; en encontrar a nuestro propio hermano y llevarlo a Jesús. Siento que nuestros esfuerzos en este sentido son insuficientes. Nos parece que todo está más que bien al tener reuniones y dirigirse a los que asisten, según la capacidad y la ocasión que Dios da.

No escribiría una sola palabra en desmedro del valor de esta línea de trabajo. Procuremos por todos los medios alquilar salas, salones y teatros; distribuyamos tarjetas de invitación para que venga la gente; probemos todos los medios legítimos de propagar el evangelio. Procuremos llegar a las almas lo mejor que podamos. Lejos esté de mí desalentar a cualquiera que trabaja en la obra de esta manera pública.

Pero, ¿no te resulta llamativo que nos falte más de la obra individual; más de este trato privado, serio y personal con las almas? ¿No crees

que si tuviéramos más Felipes, también tendríamos más Natanaeles? ¿Y que si tuviéramos muchos Andrés, también tendríamos muchos Simón? No puedo sino creerlo.

Hay un poder admirable en un llamado personal y vehemente. ¿No descubres a menudo que solo después de la predicación pública más formal, cuando comienza la íntima obra personal, las almas son alcanzadas? ¿A qué se debe, pues, que se vea tan poco este último tipo de actividad? ¿Acaso no sucede a menudo en nuestras predicaciones públicas que, cuando el discurso finaliza, se canta un himno y se ofrece una oración, todos se dispersan sin que ningún hermano intente acercarse a alguno de los oyentes?

Yo no hablo aquí, nóvalo bien, del predicador —que no podría seguramente atender a cada uno en detalle—, sino de las veintenas de cristianos que lo han estado escuchando. Éstos vieron entrar gente nueva en la sala; se han sentado a su lado; han notado tal vez su interés, y hasta vieron que se les escaparon algunas lágrimas; sí, pero, sin embargo, los han dejado pasar sin demostrar el menor esfuerzo de amor por llegar a ellas o por continuar la buena obra.

Sin duda se puede decir: «Es mucho mejor dejar al Espíritu Santo cumplir su obra. Nosotros podríamos hacer más daño que bien. Además, a la gente no le gusta que uno les dirija la palabra; ello les podría parecer una indiscreción y podría ahuyentarlas del lugar de reunión».

Hay mucho de verdad en todo esto. Lo tengo muy en cuenta, y estoy seguro de que tú también. Temo que groseras equivocaciones se cometen por personas poco juiciosas, que se entrometen en la privacidad de los santos y en los profundos ejercicios del alma. Ello requiere tacto y discernimiento; en resumidas cuentas, se requiere ser guiados espiritualmente para ser capaces de tratar con las almas, para saber a quién se va a hablar y qué se va a decir.

Pero al admitir todo esto, coincidirás conmigo en que, por regla general, hay algo que falta en relación con nuestras predicaciones públicas. ¿No hay acaso demasiado poco de este interés afectuoso, profundo y personal por las almas, que podría expresarse de mil maneras diferentes, todas adecuadas para actuar eficazmente sobre el corazón?

Confieso que solía estar apenado de lo que he podido observar en las reuniones de predicación. Entra gen-

te nueva y desconocida y se les deja que busquen un asiento como pueden. Nadie parece pensar en ellos. Hay cristianos presentes, pero no se molestarían por hacerles lugar. Nadie les ofrece una Biblia o un himnario. Y una vez que finaliza la reunión, se les deja ir tal como entraron; ni una palabra de afecto para inquirir si entendieron la verdad anunciada; ni aun un gesto de cordialidad que podría ganar la confianza y dar lugar a una conversación. Al contrario, hay una fría reserva que va casi hasta la repulsión.

Todo esto es muy triste; y puede que me digas que he dibujado un cuadro demasiado colorido. ¡Ay, el cuadro, en realidad, es solo demasiado verdadero! Y lo que lo hace más deplorable todavía, es el hecho de que uno sabe que muchas personas frecuentan nuestros lugares de predicación y de lectura, pasando por grandes luchas y profundos ejercicios del alma, deseando abrir sus corazones a cualquiera que les ofrezca algún consejo espiritual; pero, ya por timidez, por reserva o por estado nervioso, ellas rehúyen de tomar iniciativas, y tienen que retirarse solitarios y tristes a sus hogares, para derramar sus lágrimas en la soledad, ya que nadie se interesó por sus preciosas almas.

Ahora bien, siento la convicción de que ello podría remediarse en gran parte si los cristianos que oyen las predicaciones del evangelio tuviesen más en el corazón la búsqueda de las almas; si ellos no asistieran solo para su propio provecho, sino también para ser colaboradores con Dios al procurar traer a las almas a Jesús.

Sin duda, es muy refrescante para los cristianos oír el Evangelio predicado plena y fielmente. Pero no sería menos refrescante para ellos interesarse vivamente en la conversión de los pecadores y orar más por este asunto. Además, su provecho personal no se vería para nada afectado —sino, más bien, todo lo contrario— si cultivasen un vivo y afectuoso interés por aquellos que los rodean, y si al término de la reunión procurasen ayudar a alguien que necesite ser ayudado.

Un efecto sorprendente puede ser producido en el predicador, en la predicación y en toda la reunión cuando los cristianos que asisten sienten de veras sus elevadas responsabilidades que desempeñan para con Cristo y las almas. Ello crea cierta atmósfera que debiera ser sentida para ser comprendida; mas, una vez sentida, uno no puede prescindir de la misma.

Pero, lamentablemente, ¡cuán a menudo ocurre lo contrario! ¡Cuán frío, triste y desalentador es ver a toda la congregación irse tan pronto como termina el mensaje!

No vemos que haya grupos alrededor de los jóvenes convertidos o de inquiridores ansiosos, que se demoren por amor a estas almas. Viejos cristianos experimentados han estado presentes; pero en lugar de detenerse con la bella esperanza de que Dios los empleará para decir una palabra oportuna a uno que esté abatido, se apresuran por marcharse, como si se tratase de un asunto de vida o muerte el estar en casa a determinada hora.

No supongas que deseo establecer reglas para mis hermanos. Lejos está de mí ese pensamiento. Doy simplemente, en toda libertad, libre curso a los pensamientos de mi corazón, al dirigirme a uno que, durante muchísimos años, ha sido mi compañero de obra en la evangelización.

Estoy convencido de que falta algo. Tengo la firme persuasión de que ningún cristiano puede estar conforme si no busca, de una u otra forma, ganar almas para Cristo. Y, siguiendo el mismo principio, ninguna asamblea de cristianos está en un buen estado, si no es una asamblea enteramente evangelista.

Ningún cristiano puede estar conforme si no busca, de una u otra forma, ganar almas para Cristo.

Todos deberíamos estar tras la búsqueda de las almas; y entonces —de ello podemos estar seguros— veríamos, por resultado, almas conmovidas y despertadas. Pero si nos conformamos con ir semana a semana, mes a mes y año a año, sin que se mueva una sola hoja, sin ver una sola conversión, nuestro estado debe ser verdaderamente lamentable.

Pero creo que te oí decir: «¿Dónde se hallan, pues, todos los pasajes de la Escritura que debiéramos tener? ¿Dónde están las numerosas citas de los Evangelios y de los Hechos?». Bien, me he puesto a anotar sobre el papel los pensamientos que tanto tiempo ocuparon mi mente; y ahora el espacio no me permite continuar por el momento. Pero si lo deseas, te escribiré una segunda carta sobre el mismo tema.

Mientras tanto, ¡quiera el Señor, por su Espíritu, hacernos más celosos por procurar la salvación de las almas inmortales mediante toda acción legítima! ¡Ojalá que nuestros corazones estén llenos de un verda-

dero amor por estas preciosas almas, y entonces podremos estar seguros de encontrar la forma y los medios de llegar a ellas!

Tu afectuosísimo consiervo,

C.H.M.

Segunda Carta

Querido amigo:

Hay un punto en relación con nuestro tema que ha ocupado mucho mi mente. Se trata de la inmensa importancia de cultivar una fe ardiente en la presencia y bajo la acción del Espíritu Santo. Es menester que recordemos, en todo momento, que nosotros no podemos hacer nada, y que el Espíritu Santo lo puede hacer todo. En la gran obra de la evangelización, como en toda otra, rige plenamente el principio que dice: «*No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos*» (Zac. 4:6).

Tener el sentimiento permanente de esto nos mantendrá humildes, pero también llenos de gozosa confianza. Humildes, por cuanto nosotros no podemos hacer nada; llenos de gozosa confianza, por cuanto Dios lo puede hacer todo. Además, tendría el efecto de mantenernos sobrios y tranquilos en nuestra obra; no quiero decir fríos e indiferentes, sino

calmos y serios, lo cual es una gran cosa precisamente en este tiempo de sensacionalismo religioso.

Me ha causado gran impresión una observación hecha por un viejo obrero, en una carta dirigida a uno que acababa de entrar en el campo de la cosecha. «La excitación –dice el autor– no es una muestra de poder, sino de debilidad. El fervor y la energía proceden de Dios».

Esto es muy cierto y valioso. Pero a mí me gusta tomar las dos oraciones juntas, no por separado. Así puede advertirse su contraste. Si tuviésemos que elegir una de las dos, pienso que, para evitar confusiones, preferiríamos la segunda; la razón es obvia: muchos, me temo, confunden «excitación» con lo que en realidad es «fervor y energía».

Ahora bien, confieso que amo un profundo fervor en lo que respecta a la obra. Un hombre que comprende en alguna medida la inmensidad de la eternidad y el terrible estado de aquellos que mueren en sus pecados, no puede manifestarse de otra manera que no sea con profundo y completo fervor. ¿Cómo puede uno ver las almas inmortales al borde del infierno, en continuo peligro de ser arrojadas en él, y no ser serios y fervientes a ese respecto?

Pero no se trata de excitación. Precisemos los términos. Por excitación entiendo la actividad de la vieja naturaleza y el empleo de los esfuerzos de esa naturaleza tendientes a actuar sobre los sentimientos naturales; el empleo de métodos altamente persuasivos; de todo aquello que tiene que ver con lo puramente sensacional. Todo esto carece completamente de valor. Se desvanece como el rocío de la madrugada. Es una causa más de debilidad.

No encontramos nada de «excitación» en el ministerio de nuestro bendito Señor y de sus apóstoles; y, sin embargo, ¡qué fervor! ¡Qué energía inagotable! ¡Qué ternura! Vemos un fervor que parecía ir más allá de los límites propios de uno; una energía que difícilmente se tomaba un momento de descanso o de recreo; una ternura que pudo derramar sus lágrimas ante los pecadores impenitentes.

Vemos todo esto, pero no excitación. En una palabra, todo era fruto del Espíritu eterno, y todo era para gloria de Dios; además, todo se caracterizaba siempre por esa calma y solemnidad que conviene en la presencia de Dios; pero no faltaba ese profundo fervor que demostraba que se había comprendido plenamente la terrible condición en que

se encuentra el hombre delante de Dios.

Pues bien, querido hermano, esto es precisamente lo que necesitamos, y lo que debiéramos cultivar con diligencia. Es una gran bendición ser guardados de todo lo que es puramente «excitación natural»; y, al mismo tiempo, vernos profundamente afectados por la magnitud y la solemnidad de la obra.

De esta manera, la mente se mantendrá en su debido equilibrio, y seremos preservados de la tendencia a ocuparnos de nuestra obra por el solo hecho de ser nuestra. Nos gozaremos de que Cristo sea glorificado y de que las almas sean salvas, quienquiera que sea el instrumento empleado.

Últimamente he estado pensando mucho en esos tiempos memorables, hace diez años atrás, cuando el Espíritu de Dios operó de forma tan maravillosa en la provincia de Ulster. Creo haber extraído algunas valiosas instrucciones de lo que pude observar entonces.

Fue un tiempo que nunca habrán de olvidar aquellos que tuvieron el privilegio de ser testigos presenciales de la magnífica ola de bendición que entonces inundó la región. Pero yo ahora hago alusión a ello en relación

con el tema de la acción del Espíritu. No tengo la menor duda de que el Espíritu Santo fue contristado y estorbado en el año 1859 por la intromisión del hombre.

Recordarás cómo comenzó esa obra. Recordarás la pequeña escuela al borde del camino, donde dos o tres se reunían semana tras semana para derramar sus corazones en oración a Dios, a fin de que él tuviera a bien irrumpir en medio de la muerte y la oscuridad que reinaban en derredor, y despertar su obra y enviar su luz y su verdad con poder para la conversión de las almas.

Tú sabes bien cómo estas oraciones fueron oídas y respondidas. Tanto tú como yo tuvimos el privilegio de movernos en medio de esas escenas que despertaban a las almas en la provincia de Ulster, y no dudo de que esas escenas se mantienen frescas en tu memoria, así como en la mía.

Ahora bien, ¿cuál era la característica distintiva de esa obra en sus inicios? ¿No era manifiestamente una obra del Espíritu de Dios? ¿Acaso él no empleó instrumentos que a los ojos de los hombres serían considerados incompetentes y sin preparación para el cumplimiento de Sus propósitos? ¿No recordamos acaso el estilo y el carácter de los

instrumentos que fueron principalmente utilizados en la conversión de las almas? ¿No eran en su mayoría «hombres sin letras y del vulgo»?

Además, ¿no podemos recordar claramente el hecho de que todo arreglo humano y toda rutina oficial eran dejados de lado muy decididamente? Hombres trabajadores venían del campo, de la fábrica y del taller para dirigirse a grandes multitudes de oyentes; y hemos visto a cientos, con vivo interés, pendientes de los labios de hombres que no eran capaces de proferir cinco palabras en un lenguaje gramaticalmente correcto.

En resumidas cuentas, la poderosa marea de la vida y el poder espiritual arrasó con nosotros, y barrió de momento gran parte de la maquinaria humana, ignorando toda cuestión referente a la autoridad humana en las cosas de Dios y el servicio para Cristo.

Bien podemos recordar que la gloriosa obra progresaba en la medida que el Espíritu Santo era honrado; en tanto que la misma era estorbada y neutralizada en la medida que el hombre, con su agitada y pomposa presunción, se entrometía en el dominio del Espíritu eterno.

Pude comprobar la veracidad de lo que digo en innumerables casos. Se realizaban vigorosos esfuerzos tendientes a hacer que las aguas vivas fluyan por los canales oficiales y denominacionales, y esto no podía contar con la aprobación del Espíritu Santo. Además, había, en muchos lugares, un fuerte y manifiesto deseo de aprovecharse del bendito movimiento con fines sectarios, lo cual era una ofensa contra el Espíritu Santo.

Y esto no era todo. La obra y el obrero eran puestos sobre las nubes en todo sentido, tratándose los como una celebridad, como objetos de gran interés e importancia. Los casos de conversión considerados «sorprendentes», eran dados a conocer en público y exhibidos ostentadamente en los impresos corrientes. Viajeros y turistas provenientes de todas partes visitaban a estas personas y tomaban nota de sus palabras y conducta, llevando el informe referente a ellas hasta los confines de la tierra.

Gran número de pobres criaturas, que hasta entonces habían vivido en oscuridad, desconocidas e inadvertidas, vinieron a ser de repente objetos de interés para los ricos, los nobles y el público en general. El púlpito y la prensa proclamaban sus

dichos y actos y, como era de esperarse, perdieron por completo su equilibrio. Bribones e hipócritas abundaron por todas partes.

Cobraba gran importancia el hecho de tener alguna extravagante experiencia para contar; algún sueño o visión extraordinarios que describir.

Y aun cuando esta desacertada línea de acción no diera como resultado bribonería e hipocresía, los jóvenes convertidos se volvían temerarios y altivos, y miraban con cierto desprecio a los viejos cristianos establecidos en la fe o a aquellos que no hubiesen sido convertidos a la manera que lo fueron ellos: «alcanzados», como lo llamaban.

Además de esto, algunos personajes muy notables, hombres de gran notoriedad por su mala fama, que parecían haberse convertido, eran llevados por todas partes y anunciados en carteles por las calles; y las multitudes se agolpaban para verlos y oírlos relatar su historia, la cual casi siempre consistía en un detalle desagradable de inmoralidades y excesos cometidos: cosas que nunca tendrían que ser mencionadas. Varios de estos notables personajes después se fueron a pique, cayendo de vuelta con redoblado ardor en sus prácticas pasadas.

Pude ser testigo de estas cosas en varios lugares. Creo que el Espíritu Santo fue contristado, y la obra echada a perder por esos motivos. Estoy plenamente convencido de ello; y por eso pienso que deberíamos procurar con vehemencia honrar al bendito Espíritu; depender de él en toda nuestra obra; seguirlo adonde nos conduce, y no correr delante de él. Su obra permanecerá.

Se sabe que «todo lo que Dios hace, permanece para siempre». «Las obras hechas en la tierra, son obra de sus manos.» Tener presente estas cosas, siempre mantendrá la mente en sano equilibrio. Los jóvenes obreros corren gran peligro de excitarse por su obra, por su predicación, por sus dones, a tal punto de perder de vista al Maestro mismo. Además, son propensos también a hacer de la predicación el fin y no el medio. Esto trae como consecuencia perniciosos resultados; les ocasiona perjuicios a ellos mismos y echa a perder su obra.

Tan pronto como haga de mi predicación un fin, me sitúo fuera de la corriente del pensamiento de Dios, cuyo fin es glorificar a Cristo; me sitúo también fuera de la corriente del corazón de Cristo, cuyo fin es la salvación de las almas y la plena bendición de su iglesia.

Pero cuando se da al Espíritu Santo el debido reconocimiento y se confía en él, todo saldrá bien. No habrá ninguna exaltación del hombre, ninguna manifestación de presunción, ningún intento por hacer alarde de los frutos de nuestra obra; ninguna excitación. Todo será calmo, real y sin pretensiones. Se esperará en Dios con sencillez, con vehemencia, con fe y con paciencia. El yo quedará apagado, y Cristo será exaltado.

Siempre me acuerdo de una expresión tuya. Una vez me dijiste: «El cielo será el mejor y más seguro lugar para oír acerca de los resultados de nuestra obra». Éstas son palabras saludables para todos los obreros. Me estremezco cuando veo los nombres de siervos de Cristo exhibidos en los periódicos, con halagüeña alusión a su obra y a sus frutos.

Seguramente aquellos que escriben tales artículos deberían reflexionar en lo que hacen; deberían considerar que bien pueden estar alimentando aquello mismo que deberían desear ver mortificado y subyugado. Estoy plenamente persuadido de que la senda silenciosa y secreta es la mejor y más segura para el obrero cristiano. Ello no lo hará menos fervoroso, sino todo lo contrario. No apagará su energía, sino que la incrementará y la intensificará.

Dios no permita que tú ni yo escribamos una sola línea o expresemos una sola frase que pudiese tender de alguna manera a desanimar o a estorbar a un solo obrero en toda la viña de Cristo. Éste no es el momento para nada de ese tipo.

Queremos ver a los obreros del Señor ocupados fervientemente en el servicio; pero creemos, y con toda seguridad, que el verdadero fervor siempre será el resultado de una absoluta dependencia de Dios y del Espíritu Santo.

Pero me asombro de cómo avancé con este tema sin detenerme para hacer referencia a los pasajes de las Escrituras que tratan sobre lo que hablé en mi carta anterior. Bueno, mi querido y amado en el Señor, sé que me dirijo a uno que felizmente está familiarizado con los Evangelios y los Hechos, y que conoce perfec-

tamente que el mismo Señor Jesucristo —el Obrero por excelencia— y todos aquellos que procuraron seguir Sus benditas pisadas, reconocieron y honraron al Espíritu eterno como Aquel por cuyo poder todas sus obras debían ser hechas.

Debo concluir mi carta por el momento, querido y amado hermano y compañero de labores, y lo hago desde el fondo de mi corazón, encomendándote en espíritu, alma y cuerpo a Aquel que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos llamó al honroso puesto de trabajo en su campo evangelístico. ¡Quiera él bendecirte a ti y a los tuyos muy abundantemente, y hacerte mil veces más útil para él!

Tu afectuosísimo compañero de servicio,

C.H.M.

Un refugio seguro

Se cuenta que las golondrinas habían construido un nido en la tienda del emperador Carlomagno (742-814) durante una campaña militar. En el momento de levantar el campamento, el monarca ordenó que no moviesen la tienda hasta que los pajarillos pudiesen volar. Nadie debía tocarlos, ni siquiera asustarlos.

Nos sorprende el cuidado que un jefe de guerra, que gobernó gran parte de Europa, prodigó a esas aves que se habían refugiado en su tienda. Sin embargo, Dios, mucho más poderoso que un emperador, cuida de todas sus criaturas, aun de las más vulnerables e insignificantes a los ojos de los hombres. LBS

Los primeros años de Jesús

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Lucas capítulo 2

La grandeza de este capítulo reside en el hecho de que contiene el relato de los primeros treinta años de la vida de nuestro Señor, y es la única memoria que tenemos de esos años; pero también es grande por el método que usa Lucas. Si lo miramos simplemente como obra literaria, es casi único por su belleza.

El método que usa el escritor es al mismo tiempo científico y artístico. Lucas fue en su época un hombre de ciencia y un artista; y ambos dones de su personalidad fueron consagrados a la tarea santa de delinear la personalidad de Jesús.

Se observa el método científico en la forma que trata el asunto. En primer lugar, comienza con el naci-

miento de la Persona; dicho nacimiento, con todos sus detalles, ocupa los primeros treinta y nueve versículos; luego, en frases breves, describe el crecimiento del Niño hasta los doce años (versículo 40).

Después se detiene en el siguiente punto de importancia en el desarrollo de la personalidad, que en nuestra terminología moderna llamamos adolescencia, cuando el Niño ha cumplido doce años; y nos da un retrato de él, lleno de fascinante belleza (versículos 41-51).

Finalmente, en otra exposición igualmente breve de frases sencillas y sublimes, nos habla del desarrollo de la personalidad desde la adolescencia hasta la juventud (versículo 52).

No intentaremos examinar este capítulo en detalle, sino mas bien nos esforzaremos en adquirir a grandes rasgos un conocimiento de su revelación. Al hacerlo, veremos, como ya lo he indicado, a la ciencia y al arte consagrados a la presentación de los primeros treinta años en la vida de nuestro Señor.

Debemos detenernos aquí para decir que el valor central de este capítulo se enfoca en un solo versículo: «Porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor».

En estas palabras tenemos la suma total de la verdad con respecto al hecho del nacimiento; y recordándonos, llegamos a entender más claramente la historia del crecimiento y del desarrollo de la Persona.

Desde el punto de vista de la economía de Dios —y con esto quiero decir el gobierno de Dios en el mundo y en los asuntos humanos— esta es la declaración central.

Antes de proceder al examen del capítulo es necesario que recordemos que nada nos dice en relación con el recién nacido, sino simplemente que nació. No puede haber una comprensión adecuada de las cosas apuntadas en este capítulo, a menos que estemos al tanto de los

hechos prenatales apuntados en el capítulo anterior.

El método de Lucas

Cuando Lucas se propuso estudiar la persona de Jesús a fin de escribir una biografía de él, comenzó por donde todos los verdaderos escritores de biografías comienzan: investigando los acontecimientos prenatales. Es así como en el capítulo anterior se nos dice que el Niño fue el hijo de una virgen, y que fue concebido por obra del Espíritu Santo y bajo la sombra del Altísimo.

De esta manera estamos considerando la historia de una persona que entra en la naturaleza e historia humanas, por obra de Dios; lo cual, usando el término en nuestro sentido ordinario, solo puede ser descrito como sobrenatural.

Vamos a examinar el capítulo en dos partes; la primera se relaciona con el nacimiento y la segunda con el desarrollo. Al estudiar el nacimiento, y aun a riesgo de incurrir en repeticiones, es de suprema importancia que recordemos la declaración a que ya me he referido: «Os ha nacido un Salvador». No se dice que ha nacido un maestro o un ejemplo, aun cuando eso es cierto en gran manera. Aquel a quien se nos llama a contemplar durante estos treinta

años es Uno designado por el cielo como «un Salvador».

Bajo la autoridad romana

Hay tres puntos de vista desde los cuales ha de considerarse el gran acontecimiento; son ellos el de Roma, el del Cielo y el de Jerusalén.

Todo está relacionado con Roma en las primeras frases. «*Y aconteció en aquellos días que salió edicto de Augusto César*». El punto de vista de Roma abarca los primeros siete versículos. El versículo 8 comienza: «*Y había pastores en la misma tierra que velaban... y he aquí el ángel del Señor vino sobre ellos*». Es la interpretación del Cielo, y abarca desde el versículo 8 hasta el 14. Desde el versículo 15 hasta el 39, encontramos la interpretación de Jerusalén y del Templo.

Consideremos pues, en primer lugar, aquello que se relaciona con Roma. César Augusto había expedido un decreto para que todo el Imperio Romano fuera empadronado.

Lucas tiene cuidado de proporcionarnos la fecha exacta de este empadronamiento; por muchos años hubo desacuerdo respecto de la fecha que Lucas proporciona, pero los estudios más recientes le han dado toda la razón.

Obedeciendo el decreto de Augusto, dos personas emprenden el viaje hacia la ciudad de Belén. El César a que se hace mención fue el primer emperador romano; había sido el más afortunado entre los emperadores o generales, y había conquistado el dominio del mundo.

Obedeciendo a un decreto dado por este emperador, contemplamos a un hombre y a una mujer viajando por el camino que va de Nazaret a Belén. Si pudiéramos escuchar a través de los siglos, oiríamos la marcha de millones de pisadas de hombres y de mujeres que se dirigían a diversos centros en obediencia a este mandato; entre todos ellos iban estos dos rumbo a Belén, por edicto de César.

Contemplando de nuevo a estos dos viajeros a la luz del capítulo anterior y empleando el lenguaje hermoso y delicado de Lucas, nos damos cuenta que la mujer «*estaba encinta*» y que estaba próximo el tiempo cuando «*había de dar a luz*».

Roma no se dio cuenta de estos dos y no se preocupó de ellos sino para fines del cumplimiento de su decreto. No obstante, aquella mujer que iba por el camino era el templo del Hijo de Dios, ya que llevaba en sus entrañas la forma humana neces-

Jesús mantuvo su compañerismo con Dios, y también con los hombres, y tal compañerismo fue caracterizado por la gracia.

ria para realizar Su misión, y contribuyó a formarla y modelarla. Las colinas de Judea no se dieron cuenta de esto, y Roma ni siquiera lo sospechó; la Autoridad Suprema nacía de esta manera, a lo largo de los caminos romanos.

Al llegar a Belén, se nos dice que no hubo lugar para ellos en el *kataluma*. He adoptado el término griego porque no da la idea de una posada o mesón. El *kataluma* era una especie de recinto en donde se guardaba el ganado por la noche; siempre había agua allí, pero no había ni alimento ni mesonero. Esta *kataluma* de Belén no brindó hospitalidad a aquella mujer, y ella se refugió en alguna dependencia de una vivienda donde había un pesebre.

Es de esta manera como contemplamos al Hijo de Dios entrando a la historia humana en forma de hombre. Al hacerlo, atravesó la ciudad de César y pasó cerca del palacio de Herodes; pasó junto a las moradas

aristocráticas de los ricos y cerca de las cabañas de los pobres; y entró a la vida humana, teniendo solo una madre y un pesebre.

Tal es la historia del nacimiento de Cristo desde el punto de vista de la autoridad romana. Fue obedeciendo el edicto de César que ella se vio obligada a emprender el penoso viaje; y en la hora de las horas, que debía ser la más sagrada, se encontraba sola; no hubo ningún médico que la atendiera, ni una mano de mujer que la ayudara. Lucas, con una delicadeza de artista, nos pinta así el momento: «Y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le acostó en un pesebre».

Con piadosa reverencia digo que no tenemos por qué entristecernos por la forma en que nació el Niño; encontró al venir a la vida sobre la tierra, todo lo que cualquier niño necesita: una madre, y un pesebre. La dignidad de su entrada se hace manifiesta; él pasó por alto todas las posiciones humanas elevadas, y entró en la vida humana en un nivel tan bajo, que ningún recién nacido ha podido igualarle.

La actitud del Cielo

Lucas sigue adelante mostrándonos la actitud del Cielo hacia el nacimiento de Jesús. Su mensajero, «un

ángel del Señor», acompañado por una multitud de los ejércitos celestiales, anunció el significado real de lo que había acontecido. El ángel cantó él solo: «Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador que es Cristo el Señor».

De pronto las huestes celestiales celebraron el significado del acontecimiento. La primera nota de su canto le atribuye la gloria a Dios: «¡Gloria a Dios en las alturas!». Era esta la atribución de alabanza a Aquel que ocupó la más alta posición de autoridad muy por encima del trono de los Césares.

Luego en el canto se celebró el significado del nacimiento en lo que a la tierra concierne: «Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres». De esta manera los ángeles no solo estaban celebrando el nacimiento del Niño, sino saludando a la nueva raza que resultaría del advenimiento de aquel Niño en la historia humana. Ellos comprendieron que la expresión final de ese nacimiento sería el renacimiento de los hombres que cumplirían el propósito divino, y que serían del agrado de Dios; y su canto declaró que en linaje semejante se realizaría la paz.

En todo el mundo se habla hoy de la paz y seguramente que se la desea,

aun cuando todo el tiempo el mundo se prepara dondequiera para la guerra. Es bueno recordar este canto de los ángeles y comprender que el mundo nunca encontrará la paz, sino como resultado de un linaje de hombres que agraden a Dios, según el modelo del Hombre que está a su diestra. De este modo, el canto de los ángeles abarcó todos los siglos desde el nacimiento del Niño hasta la consumación.

En el templo de Jerusalén

Finalmente, Lucas presenta el nacimiento de Cristo desde el punto de vista de Jerusalén. Comienza el relato mencionando a los pastores, que eran sin duda pastores del Templo, que velaban sobre los rebaños destinados al sacrificio.

Después de ocho días de nacido, el Niño fue circuncidado y recibió su nombre de acuerdo con la ley judía. Nunca debe perderse de vista que, por el rito de la circuncisión, todo niño hebreo entraba en la corriente de la vida nacional, y que era en esta ocasión cuando se le daba nombre.

Cuando el Niño tuvo cuarenta días fue llevado a Jerusalén y presentado en el Templo. Nos detenemos aquí para darnos cuenta, con todo cuidado, de la manera en que Lucas refiere el hecho: «Y cuando se cum-

plieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor (como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al Señor)».

Las palabras entre paréntesis tienen un enorme significado. Si abrimos las Escrituras hebreas, en los libros de Éxodo y de Números, nos encontramos con que, de acuerdo con el primer propósito divino, el primogénito de cada familia debía ser separado para el servicio de Jehová; es decir, para entrar en el sacerdocio. Más tarde, según nuevos planes divinos, fue designada la tribu de Leví para tal oficio, y un levita llevó la representación de un primogénito. Cuando se puso este plan en práctica se encontró con que no había número suficiente de levitas para llenar las exigencias, y se hicieron nuevos arreglos.

Con esta referencia histórica en mente, podemos darnos cuenta de que Jesús fue presentado en el templo de acuerdo con el primer propósito divino. No fue él un sacerdote según el orden de Aarón; no pertenecía tampoco a la tribu de Leví, pero era el Primogénito. Es así como le contemplamos desde el punto de vista de Jerusalén y del Templo, sien-

do recibido en la vida nacional por el acto de la circuncisión; dándosele un nombre escogido por el cielo para representar su función como Salvador, y presentado delante de Dios como el Primogénito.

Crecimiento

Luego Lucas nos presenta a Jesús a los doce años. Dice: *«El niño crecía»*. El crecimiento es siempre la consecuencia de la vida y es algo que se realiza sin esfuerzo; por ello quiero decir que es algo que se lleva a cabo sin ningún impulso volitivo. Durante el período del crecimiento no hay responsabilidad. Lucas, sin embargo, con todo cuidado, analiza el crecimiento, refiriéndose primero al crecimiento físico: *«crecía en estatura»*; luego, al crecimiento mental: *«y en sabiduría»*; y finalmente al espiritual: *«y en gracia para con Dios y los hombres»*. Y en esta forma se nos hace la presentación de él en sus doce primeros años, en los cuales él crecía de manera natural.

A la edad de doce años todo muchacho judío llega a su *Bar-mitzvah*, es decir, al momento cuando se convierte en un hijo de la Ley. ¿Puede haber alguna duda en cuanto a que Jesús haya tenido su *Bar-mitzvah* en la sinagoga de Nazaret, y que por medio de este plan divino se haya

convertido en un Hijo de la Ley? Esto significaba que ya no estaba por más tiempo bajo responsabilidad de otros, en materia de religión.

Entre los doctores de la Ley

Lucas nos lo describe en este momento de su vida. Su estadía en Jerusalén fue voluntaria. Le vemos en el templo, en presencia de los doctores, o mejor dicho, de los maestros, haciendo lo que como hijo de la Ley tenía perfecto derecho de hacer.

Es probable que él era uno entre un grupo de muchachos que estaban allí en aquella ocasión. Estos muchachos hacían preguntas a los doctores, y respondían a las preguntas que los doctores les hacían. No tenemos apuntada ninguna de las preguntas que estos doctores le hicieron a Jesús, ni tampoco ninguna de las que él les hizo a ellos; lo que Lucas nos dice es que estaban maravillados de él; que estos maestros de la ley, respetuosos y eruditos, estaban sorprendidos de su entendimiento y de sus respuestas.

María y José aparecen aquí en forma por demás interesante. Habían emprendido el viaje hacia el hogar sin Él. Nunca puedo leer este pasaje sin sentir que en este incidente está demostrada la confianza que habían depositado en él; sin embargo, cuan-

do se dieron cuenta de que no iba entre la compañía, regresaron a Jerusalén con inquietud. Cuando le encontraron, María se dirigió a él con una expresión de ternura que encuentra su mejor traducción en la palabra escocesa «*bairn*», que significa el que yo he dado a luz. La palabra griega que usó María es un equivalente de ésta.

Luego encontramos las primeras palabras de Jesús que el evangelista recoge: «*¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me conviene estar?*». En estas palabras hay conciencia de parentesco, «*Mi Padre*»; y el reconocimiento de la responsabilidad que tal parentesco trae aparejada: «*En los negocios de mi Padre me conviene estar*». Estas primeras palabras de Jesús constituyen la clave de todo lo que vino después en su vida y ministerio.

Sabiduría, estatura y gracia

Llegamos al final de este capítulo, caracterizado por una brevedad extraordinaria, y por una revelación igualmente notable. «*Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres*».

Por doce años Jesús había crecido sin responsabilidad volitiva; desde esta hora, como un hijo de la Ley, tuvo que obrar por su cuenta y abrir-

se camino sin ayuda; y esta actitud se refiere a toda su personalidad. Aquí se manifiesta otra vez el método científico de Lucas. «Progresaba en estatura», es decir, en lo físico. Fue necesario que observara las reglas de la salud, y así lo hizo; tuvo que buscar la cultura por medio de la sujeción, y así lo hizo también.

Finalmente, «progresaba en gracia para con Dios y los hombres». La vieja traducción «En favor para con Dios y los hombres», es una traducción desacertada. Pues está muy lejos de ser éste el significado de las palabras que usa Lucas; el mismo término «gracia» se usa aquí, tal como fue usado por Lucas al afirmar que durante los primeros años la gracia de Dios era con él. La preposición griega traducida «con», es para, que significa al lado de; de donde lo que dice Lucas es que Jesús progresaba en gracia al lado de Dios y de los hombres; mantuvo su compañerismo con Dios, y también con los hombres, y tal compañerismo fue caracterizado por la gracia.

Propósito

Esta narración que hace Lucas de los treinta años de la vida de Jesús, en lo que tiene de esencial, es condensada en las palabras del amigo y maestro de Lucas, Pablo, cuando en frases sencillas y sublimes escribe: «Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito a la ley».

Y luego agrega otras palabras reveladoras declarando que el propósito de este nacimiento y de esta vida fue *«para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!»*.

De estas palabras de Pablo tomo dos frases; la primera abarca toda la narración de Lucas: *«Dios envió a su Hijo»*; y la segunda, muestra el resultado de ese acto de Dios: *«Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo»*.

De Grandes Capítulos de la Biblia

Esclavos por ignorancia

Mucho tiempo después de la abolición oficial de la esclavitud en los Estados Unidos (1863), todavía había personas que creían que seguían siendo esclavas. Sus amos habían tenido cuidado para evitar que se enterase de su liberación, y así poder continuar explotándolos.

Somos aún esclavos del pecado cuando ignoramos que, gracias a la victoria de Cristo, el pecado ya no debe dominar sobre nosotros.

La amistad

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

“¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stgo. 4:4).

La amistad no es enfatizada en la Biblia

Es curioso que la Biblia no mencione el tema de los amigos en relación con los hijos de Dios, aunque la palabra *amigo* aparece muchas veces. Se encuentra en Génesis y Proverbios, en Mateo y Lucas. La mayoría de las veces designa a personas fuera de Cristo, y rara vez es utilizada para aludir a amigos en el Señor.

La palabra *amigos* se usa solo dos veces aludiendo a Pablo, ambas en Hechos: «*También algunas de las autoridades de Asia, que eran sus amigos, le enviaron recado, rogándole que no se presentase en el teatro*», en Éfeso (Hech. 19:31). Otra, en el camino a Roma: «*Julio, tratando humanamente a Pablo, le permitió que fuese a los amigos, para ser atendido por ellos*» (Hech. 27:3).

En una tercera referencia del Nuevo Testamento, Juan escribe: «*Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno en particular*» (3 Juan 15). El hecho de que haya tan pocas referencias a amigos cristianos indica que la Biblia no hace mayor hincapié en este asunto.

¿Por qué la amistad no es destacada en la Biblia? Es porque la palabra de Dios subraya otra relación, la de hermanos y hermanas. Cómo ser hermanos y hermanas en el Señor es de importancia básica y primordial. Esto es lo que realmente necesita ser reforzado, y no el asunto de la amistad.

Las amistades del mundo

Tan pronto como alguien cree en el Señor Jesús, Dios le demanda que renuncie a sus antiguas amistades.

1. Enemistad con Dios

«*La amistad del mundo es enemistad contra Dios*» (Stgo. 4:4). El mundo, aquí, significa la gente del mundo. Si queremos ser amigos con la gente mundana porque amamos el mundo, entonces nos hacemos enemigos de Dios. «*Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él*» (1 Juan 2:15).

2. Yugo desigual

«*No os unáis en yugo desigual con los incrédulos*» (2 Cor. 6:14). Muchas personas parecen pensar que esto apunta exclusivamente al matrimonio. Creo que incluye el matrimonio, pero aun más que eso. Comprende todo tipo de relacionamiento entre creyentes y no creyentes.

Hay total incompatibilidad entre cristianos e incrédulos; la unión desigual no es una bendición, sino un dolor. Los cristianos no deben sostener una relación estrecha con los incrédulos, sea en la esfera de la sociedad, los negocios, la amistad o el matrimonio.

Los creyentes tienen un estándar, y los no creyentes otro; los creyentes tienen la guía de la fe, pero los otros viven en incredulidad; los creyentes ven todo con los ojos de la fe, y los incrédulos se aferran a su impiedad.

Al intentar conciliar ambas posiciones, el resultado no es bendición, sino dolor. Sus puntos de vista, opiniones, normas morales y juicios son tan diferentes a los nuestros que existe un forcejeo en dos direcciones. Poner estos dos bajo un yugo romperá el yugo o hará que el creyente siga al impío.

3. La influencia de las malas conversaciones

«*No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres*» (1 Cor. 15:33). La expresión «*malas conversaciones*» se refiere a comunicaciones inadecuadas, mientras que la palabra «*corromper*» tiene su origen en la idea de la madera dañada por gusanos.

«Buenas costumbres» en términos más simples es «buenos modales». Las comunicaciones inapropiadas corrompen a las personas. Al principio tú eras un cristiano piadoso, pero, cuando estás en compañía de amigos incrédulos, empiezas a bromear y a reír, e incluso llegas a aceptar expresiones impropias. Luego dejas de lado tu autocontrol y, tratando de agradecerles, apruebas su relajación.

Las malas comunicaciones corrompen los buenos modales. Estos dos son opuestos; uno es malo y el otro

Hay total incompatibilidad entre cristianos e incrédulos; la unión desigual no es una bendición, sino un dolor.

es bueno. El mal corrompe al bien, y alterará la vida del Señor en los creyentes. Ellos deben ocupar tiempo cultivando buenos hábitos delante del Señor, deben aprender a controlarse a sí mismos y a ejercitarse gradualmente para la piedad.

Un nuevo tipo de amistad en la iglesia

Es necesario enseñar a los creyentes nuevos que, una vez que han sido salvos, deben tener especial cuidado con el tema de las amistades. Deben cambiar a sus amigos, y contarles a sus antiguas relaciones lo que les ha ocurrido. Aunque aún pueden mantener algún tipo de contacto, definitivamente no deberían proseguir con aquella relación. Más bien, deben aprender a ser hermanos y hermanas en la iglesia, sustituyendo a sus antiguos conocidos por los hermanos en la iglesia.

No debemos ser extremos. No aborrecemos a los incrédulos ni los despreciamos; pero ahora nos comuni-

camos con ellos en un terreno diferente, aprendiendo a darles testimonio y a traerlos al Señor.

Cristo, amigo de los pecadores

El Señor Jesús es amigo de los pecadores. Si él se hubiese aferrado a su condición divina, no podría haberse convertido en amigo de los pecadores. Se hizo amigo de ellos porque él dejó su posición exaltada. De otra manera, aunque podía ser un Salvador, pero no podría ser un amigo. Es importante visualizar lo que significa que Cristo sea un amigo.

El Señor y el pecado son irreconciliables. Él es el Juez, y nosotros somos los juzgados; él es el Salvador, y nosotros somos los salvados. Pero él puso todo esto a un lado para llegar a ser «*amigo de los pecadores*». Así lo llamó la gente. Como amigo, él puede guiarnos a aceptarlo como nuestro Salvador.

Los amigos del apóstol Juan

Creo que después de que un hijo de Dios ha sido un hermano durante un tiempo suficiente y ha llegado a un conocimiento más profundo en el Señor, puede llegar a cultivar la amistad con algunos en la iglesia. Esto indica que ha trascendido una posición formal. Esto es distintivo de la tercera carta de Juan.

Esta carta fue escrita cuando el apóstol era muy anciano, probablemente unos treinta años después del martirio de Pablo. Ya hacía tiempo que Pedro había muerto, y el resto de los doce apóstoles también habían partido. Él escribió, no como un apóstol, sino como un anciano (v. 1).

Juan era realmente de avanzada edad. Me gusta su tercera epístola. Es muy diferente de las anteriores. En 1 Juan, él decía: «Padres... jóvenes... hijitos», como si les hablara formalmente. Pero en el último versículo de Juan 3, él estaba en una posición muy especial. Pronto abandonaría este mundo. Era muy anciano, tal vez en la década de los noventa. Él había conocido tanto al Señor y había caminado tan lejos con él que, al escribir esta carta, en lugar de llamarlos hermanos, hermanas, hijitos, jóvenes o padres, les dice: «Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno en particular».

¿Puedes saborear esto? Si puedes entrar en el espíritu de ello, entenderás su significado. De lo contrario, no lo verás. Aquí estaba un hombre que era tan viejo que había sobrevivido a todos sus amigos. Pero él podía aún decir: «Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno en particular».

Cuán rico era él. Había llegado a la cima. Durante muchos años había seguido al Señor y había percibido muchas cosas. Ahora él estaba tan lleno de años que podría muy bien dar unas palmaditas en la cabeza de un hombre de sesenta o setenta años de edad y llamarlo: «Hijito». Pero él no hizo eso. En cambio, dice: «Mi amigo». La posición formal fue olvidada. Él hablaba desde una posición de exaltación y así podía levantar a otros. Así como el Señor se convirtió en amigo de los pecadores, así como Dios hizo a Abraham su amigo, así trata Juan a estos niños, jóvenes y padres – como amigos.

Como hermanos

Algún día los jóvenes en la iglesia podrán llegar a un lugar muy alto. Pero hoy deben aprender a permanecer en el lugar de hermanos. El asunto de la amistad en la iglesia ocupa un nivel muy elevado. Algún día, cuando seas muy maduro, podrás hacer que los hijitos sean tus amigos. Para entonces ya los habrás superado en espiritualidad, y podrás exaltarlos como amigos. Hasta que llegue aquel día, sin embargo, lo que enfatiza la iglesia no es a los amigos sino a los hermanos y hermanas.

Traducido de *Spiritual Exercise*.

Cap. 35.

Cartas de nuestros lectores

Voz del Señor

He sido muy bendecida con su revista. Cada vez que la recibo, el Señor me habla. Es el medio que Dios ha usado para mi crecimiento espiritual. Muchas bendiciones de lo alto para todos los que forman parte de ese equipo. De Cuba, mucho amor en especial a los que Dios ha capacitado para traernos su palabra y poder. El Señor les bendiga.

Yanelis Gutiérrez (Cuba).

Gratitud

Agradecemos al Señor por estar recibiendo durante tantos años la revista. Para nosotros, los que nos reunimos en La Línea de la Concepción, ha sido de gran bendición contar con los mensajes que en ella se imparten, y quisiéramos continuar recibéndola. Sabemos el gran esfuerzo que vosotros continuáis haciendo.

Alberto Oliva (España).

De mano en mano

Siempre recordamos con amor su servicio a los santos, que por años se ha mantenido fiel. Hemos sido muy bendecidos con cada número, edificados y enriquecidos. La revista va de mano en mano aprovechando cada una de sus enseñanzas y compartiéndola con la iglesia. Nuestro saludo a los obreros chilenos. Siempre

recordamos con mucho amor a todos los que estuvieron compartiendo con nosotros aquí. Un abrazo bien cubano en el entrañable amor de Cristo.

Leonardo Arbolóez (Cuba).

Respuesta de Dios

Gracias por todos estos años de fidelidad enviándonos la revista. Nos hemos admirado, hemos reído y llorado con los mensajes impartidos. Ha habido momentos en que el Señor nos ha estado inquietando con un asunto, del cual necesitamos buscar el criterio divino, y ha llegado la revista en ese tiempo con la respuesta de Dios a nuestras interrogantes. Dios les continúe bendiciendo.

Rodny Mesa (Cuba).

Aguas profundas

Con cuanta alegría y consuelo he recibido la última revista. Es un regalo que nos hace crecer espiritualmente, y es ese nuestro mayor anhelo. Les agradezco de todo corazón, y deseo que el Señor les siga bendiciendo para poder seguir recibéndola y así compartirla con otros hermanos. Aguas Vivas son aguas profundas, por sus estudios que es lo que más me gusta y la distingue. Que Dios le prospere y multiplique para que nos sigan bendiciendo con ella.

Saymi Cabanas (Cuba).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 95 · Septiembre a Diciembre 2019.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.